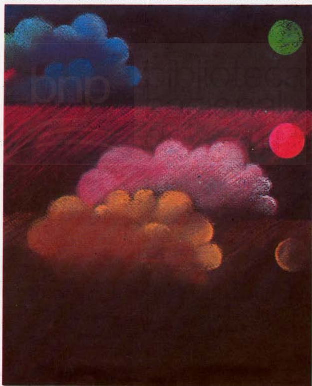
TEODORO GARCES

LA EMBESTIDA DEL CARNERO Y OTROS CUENTOS NORTEÑOS


SERIE PERULIBROS

SERIE DE DISTRIBUCION GRATUITA EDITADA POR LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU



La Embestida del Carnero y Otros Cuentos Norteños

TEODORO GARCES

LA EMBESTIDA DEL CARNERO Y OTROS CUENTOS NORTEÑOS


SERIE PERULIBROS

SERIE DE DISTRIBUCION GRATUITA EDITADA POR LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU



La Biblioteca Nacional, con el auspicio de los Distribuidores de Productos de Consumo de Sociedad Paramonga Ltda. S.A., aúnan esfuerzos para la publicación de la "Serie Perulibros", con la finalidad de difundir gratuitamente a las bibliotecas y colegios nacionales del país las obras de nuestros grandes escritores.



Carátula: *Carlos González*

INDICE

PROLOGO

TEODORO GARCES NEGRON, nació en Paita (Piura), en 1897. Uno de sus más sentidos romances lo dedica a su tierra de origen, para la que guardó una profunda añoranza, plasmada en **"La agonía del puerto"**. Pero él vivió enamorado de toda esa tierra norteña: sus ríos y desiertos, su gente, tradiciones y decires, retratados en su **"Romancero piurano"** (1965). Periodista festivo, ingenioso, ágil de palabra y estilo, pintó en sus **"Crónicas piuranas"**, aparecidas en los diarios del departamento y tan alegres como él mismo, costumbres, política y personajes. Los cuentos que integran este volumen son una nueva faceta del hombre y del escritor. Testigo de excepción de hechos y conductas, Garcés Negrón, narra en ellos, el drama de hombres y mujeres que duramente sobreviven en un medio hostil donde la desesperanza, para todos, es el pan de cada día. Escribió estos cuentos lejos de su tierra, casi al final de su vida, rogando: "no quisiera que su publicación fuera póstuma". No lo logró. Murió el 23 de setiembre de 1981, víspera de la gran fiesta paiteña en homenaje a la Patrona del puerto, Nuestra Señora de las Mercedes, a quien él cantara: "Cual la herida de la Virgen, no puede cicatrizar la herida de mis recuerdos cuando contemplo este mar"...

LA EMBESTIDA DEL CARNERO



YO estuve en esa embestida. Formé parte de la turba. No quisiera estar en otra igual. Como todos los muchachos, estaba descalzo y con la camisa afuera. Esa mañana comíamos sandías robadas, las más dulces, cuando tembló la tierra y avanzó una nube de polvo que se nos pegó en las caras melosas. Como todos los muchachos me uní a la multitud. De garrotes se habían armado los mayores, y de garrotes nos armamos nosotros también. De los cercos arrancamos ramas gruesas. Marchamos pegados a los grandes y todo, como ellos, hicimos después.

Han pasado muchos años y nuevamente vivo ese episodio sangriento. Cierro los ojos, alejo los ruidos y vuelvo a escuchar el enjambre. Ahora encuentro el símil de lo que vi, oí y sentí. Tengo que vivirlo otra vez ya que probablemente no estaré en otra embestida.

Sí, es así la embestida del carnero. Retrocede el animal, retrocede, retrocede y, de pronto, cierra los ojos, baja la cabeza y arremete.

Así, cientos de indios descalzos, mujeres y niños, hombres viejos y jóvenes, abandonamos el pueblo y emprendimos la marcha hacia la hacienda. Los hombres emponchados, con sus sombreros blancos, alones, clavados hasta las cejas. Las mujeres con gruesas trenzas, desnudos brazos y largas faldas negras ciñendo los camisones blancos. Todos marchan agachados, con gesto fiero. Parece que no hablaran, pero se escucha un zumbido como enjambre de abejas. Y, el **tran-tran-tran-tran-tran** de los pies descalzos, defendidos por dura piel, golpeando el suelo polvoriento: **tran-tran, tran-tran.** Son los redobles de los tambores del pueblo que avanza ansioso de venganza.

Las once de la mañana. En el cielo celeste, un sol de fuego que calienta la tierra y hace sudar a la turba maloliente de chicha y mugre.

Cuatro hombres marchan adelante, llevando sobre los hombros una parihuela con el cadáver de un hombre ensangrentado. Atrás, los familiares. Al zumbido del enjambre lo cortan los llantos que son alaridos y los gritos de los hombres que portan la fúnebre carga: —¡En "Monte seco"! ¡Mataron al hijo de doña Pelagia! ¡En "Monte seco"!

Doña Pelagia, la comadrona del pueblo, es casi la madre de todos, ha recibido varias generaciones. La respetamos, como que le debemos la vida. Matar a un hijo de doña Pelagia, es matar a un hermano de todos.

En el trayecto, son muchos los que abandonan sus ranchos aumentando la poblada. Sigue avanzando ciega la multitud, con la cabeza agachada. Es la embestida de este ya, gigantesco carnero. Avanzan por el polvoriento camino, sin buscar las sombras de los algarrobos, ni el frescor del agua de las acequias.

Es una legua larga hasta la hacienda, donde todo es silencio. Han huido los pericos, las soñas y los chilalos.

En "Monte seco" habían flagelado al hijo de doña Pelagia. Le encontraron robando algodón. Llegó a su casa arrastrándose, y antes de morir, logró pronunciar los nombres de sus asesinos.

Eso, que se había repetido muchas veces, hoy bastó para que sin acuerdos previos, sin órdenes, el pueblo emprendiera el camino a la hacienda. A esa hacienda formada por sucesivos despojos.

Un mayoral, su caballo al galope, salió de un atajo y nosotros, los muchachos, corriendo detrás de él, casi juntos llegamos al portón. El hombre comenzó a gritar:
—¡Patrón! ¡Patrón! ¡La indiada!

Vemos que el patrón suspende un sorbo de whisky y salta de la poltrona gritando también:
—¿Quéeee? ¿Se atreven esos indios? Pero, ¿dónde estamos?
—¡Vienen patrón!
—¡Mi caballo! ¡Mi caballo! ¡Hablaré con el Prefecto! Regresaré con tropa. Ustedes me esperan cuidando. No abran el portón. No me demoro.

Monta y parte al galope, perdiéndose por un angosto sendero dejando una nube de polvo. Nosotros regresamos y gritamos a la gente:
—¡El blanco juyó! ¡El blanco juyó!

La turba apura el paso y cuando divisa el portón, empieza a correr hacia él, como temiendo que la hacienda se le escape. Rompen los cercos de entrada y cae el gran portón de algarrobo. En el patio, montados en buenos caballos, con sombreros "zambita" y ponchos blancos, están el administrador y dos mayorales. El hacendado los ha dejado para el sacrificio.

Con los ojos fijos en la poblada, inmóviles, esperan se cumpla su destino. Si disparan los revólveres, los matarán sin misericordia. El administrador sabiendo que estamos acostumbrados a obedecer al grito, cree que puede atemorizar a la multitud y comienza a gritar con voz enérgica:
—¡Fuera! ¡Fuera carajo! ¡No he dado permiso para entrar a la hacienda!

Pero avanzan, los rodean. Ya es imposible huir. Jamás se sabrá si no se movieron por valientes, o por cobardes. Y gritan los hombres roncos y las mujeres chillonas:
—¡Mueran los asesinos! ¡Muera el blanco! ¡Mueran los zambos abusivos! ¡Mueran los adulones! ¡A matarlos carajo!
—¿Onde está el blanco? —preguntan al administrador.
—Se fue —contesta el viejo, ya sin esperanza. ¡Huyó ese mierda!..
—¡Pero tú matates al hijo de doña Pelagia! ¡Lo flagelates adulón!

Lo agarran de una pierna, lo empujan, y el hombre cae de la bestia al yucún. Le hunden la cara en el polvo fino y lo ahogan,

haciéndoselo tragar. Patadas y garrotazos lo convierten en una masa informe.

Cae un mayoral, dando gritos de terror y también muere a golpes y tragando polvo. Pero Juan Yamunaqué, se abalanza sobre el mayoral Isidro Gómez, el que había perjudicado a su hija y después la abandonó. Isidro vivía refugiado en esta hacienda. El viejo y el muchacho, robustos y fuertes, caen sobre el polvo, abrazados, se golpean sin compasión, ya no se distinguen sus caras, ni los ponchos que son iguales, ni los pantalones que dejan de ser blancos. Uno queda encima, y la turba ciega ultima al que está boca abajo, sobre el suelo. Hasta que el hombre queda inmóvil y su cara es una bola sanguinolenta, caen sobre su cuerpo los golpes, los puñetes y las patadas, y los garrotazos que dan las mujeres, los hombres y nosotros, los muchachos.

La multitud obra uniformemente, obedeciendo órdenes que nadie da. Los tres cadáveres, amarrados de los pies y atados a las sogas de los caballos, que son arriados, saltan arrastrados por el camino abrupto.

Las caras todas son iguales, cubiertas de sangre y tierra. La multitud está cubierta de polvo gris, y así con el cadáver del hijo de doña Pelagia en alto, y arrastrando tres cuerpos destrozados, emprenden el retorno al pueblo y entran con el mismo rumor de enjambre, o de nocturno rezo fantasmal. Con el mismo redoble de los pies descalzos, se dirigen a la plaza y en el centro, con los tres cuerpos destrozados, forman una macabra ruma.

Todos gritamos:
—¡Quemarlos! ¡Quemarlos!
—**¡Querosín! ¡Querosín!**

Varios salen corriendo en distintas direcciones. Un hombre, como todos, cubierto de polvo y sangre, con el sombrero roto hundido hasta las orejas, se abre paso desesperadamente, a codazos, y emprende veloz carrera gritando:
—**¡Querosín! ¡Querosín!**

Nadie presta atención en él. Las miradas, todas, están en los muertos. Esto no se ve siempre. Siempre no topa el carnero.

Vuelven con botellas y latas de kerosene. Se arroja el líquido a los cadáveres y vuelan los fósforos encendidos. Grandes llamas

se elevan formando una pila maloliente. La gente grita incansable, alocada festejando el triunfo. ¡Cuantos años esperó, retrocediendo, retrocediendo, para dar un embestida!

Un olor pestilente se esparce por el poblado, y cierran las puertas los pocos que han quedado en sus casas. Y ya empiezan a volver a ellas los que salieron a demostrar su indignación y a clamar venganza. Ahora los familiares se buscan, se encuentran.

Los hijos de Yamunaqué llaman a su padre, sus tres mujeres buscan a su marido. No lo encuentran y cuando quieren celebrar el triunfo, los invade una terrible sospecha.

—¡Taita Juan! ¡Taita Juan! —gritan los hijos.
—¡Juan! ¡Juan! —gritan las mujeres.

Crece la sospecha que instintivamente los conduce a la pira de cadáveres.

-¡Este es el viejo administrador!
—¡Este es el mayoral Nunura!
—¿Y, éste? ¡No es el Isidro Gómez!

Una de las mujeres lanza un grito agudo, un alarido:
—¡Este es mi Juan! Mi marido ¡Ese es su cincho!

Desesperadas, las tres mujeres, los ocho hijos, quemándose las manos, sacan el cadáver de la fogata. Lo sacan ya medio tostado, sin cara. Sólo el cinturón y la hebilla con sus iniciales lo identifican.
—¡Han matao a mi taita! ¡Nada abiya hecho!
—¡Han matau a mi marido quera inocente! ¡Malaya seya! ¡Si el pobre sólo jué pa vengar al dijunto!

Y gritamos los muchachos con nuestras voces atipladas, complacidos de poder dar una noticia que nadie espera:
—¡Al Yamunaqué jué al que mataron! ¡Juyó el Isidro Gómez! ¡Al Yamunaqué jué al que jodieron! ¡Juyó el Isidro Gómez!

Pero ya nadie cambia de actitud. Nadie se mueve. Ya tienen tres muertos. Demorará muchos años este carnero para dar otra embestida. Y la embestida es ciega. Cae un Yamunaqué, o un Gómez. No importa, ya tres muertos se tuestan. Ahora quedan dos, pero ya terminó la embestida.

Los Yamunaqué, llorando a gritos, cargan su muerto para velarlo en casa de la legítima. Isidro Gómez, en el primer caballo que

encuentra, monta y por caminos desconocidos, se pierde corriendo hacia la vida.

El olor nauseabundo, en humo espeso, cubre el pueblo, y ya todos nos retiramos tranquilos, satisfechos. La turba quedará otra vez dormida. Dormirá hasta que maten a otro hijo de otra Pelagia.

Detrás de mi taita regreso al rancho. Mi mama espera tranquila, igual que nos espera al volver del trabajo.
—No tomen agua que están sudaus, ay tienen chicha.

Mi taita se adormece en un bebe interminable. Mi mama pone sus manos en mis cabellos siempre erizados, rebeldes al escarmenador de cuerno.
—Sos un belitre —me dice— aytá tu merienda.

Voy al fogón y con los dedos del pie rebusco en las cenizas calientes y saco un camote. Con mis manos sucias de tierra ensangrentada, lo agarro, y sentado en el suelo lo devoro.

No hablamos, pero los tres nos decimos todo en silencio, y siempre, como ahora, quedamos de acuerdo. Y dice mi taita:
—No podemos aguantar toda la vida. Algún día ya habrá otra embestida.

LA MAQUINA

LOS grandes espejos de agua de los almácigos, enmarcan todos los tonos del verde de los inmensos cultivos del arroz, que aquí no se come, rodeando este pueblo miserable de palúdicos, que se esconden en casuchas de ramas secas cubiertas de barro negro. De lejos parece un populacho andrajoso ante el cual están como insolentes líderes, el panzudo templo de anónimo estilo y la casa grande y blanca del hacendado.

Aquí, en este pueblo, fue donde se desacreditó la máquina. Se envileció la máquina. Aquí, ese útil artefacto del hogar, se convirtió en alcahuete, y todas las familias temieron su llegada, y contra toda lógica fue, para las mujeres, peligrosa compañía.

—¡Ya tiene máquina! —decía el pretendiente— y decepcionado, se alejaba.

Y la máquina como un ariete, golpeó muchas puertas que cayeron, para dar paso al patrón del que dependía la pobre economía de estas gentes.

Fue en la mañana de un día caluroso y húmedo, que "Tinoco", peón andrajoso de la hacienda, entró al pueblo arreando un burro cargado con una máquina de coser. Golpeó fuertemente una puerta y quedó esperando. Los vecinos curiosos asomaron por las puertas entornadas. Salió una mujer ya madura y miró con rabia al indio que burlonamente la miraba.

—**Guenos diyas** patrona.

—Buenos días "Tinoco". ¿Qué se le ofrece?

—Mi patrón, don Ignacio, que la manda saludar. Dijo: **yeba** esta máquina pala niña Chepita. Y yo la **truje.**

—¿Y a cuenta de qué? Hoy no es el cumpleaños de mi hija.

—¡Hay, niña! ¡No siaga! —contestó insolentemente el indio que ya estaba acostumbrado a estos recibimientos.

La mujer sin cambiar de actitud, sin dar paso a la máquina, llamó:

—¡Chepita! ¡Te buscan!

Entró en la sala una guapa muchacha.

—Mande, mamita.

—¿Qué te parece? Don Ignacio, que te manda a regalar una máquina. ¿La recibes?

Chepita, roja de vergüenza, se acercó a la madre:

—Fue tan amigo de mi padre, que yo no esperaba esto. Pero no pensemos en salir del pueblo. Perderíamos casa y crías, todo lo que tenemos. Pero, le juro que este hombre se arrepentirá toda su vida de lo que hoy hace. Recibe la máquina, que ya verá, ya verá.

Después se dirigió al emisario:

—Oye alcahuete, dile a tu patrón, que le doy las gracias.

Entró la máquina y sonó un portazo.

Sucedió todo como era costumbre. Esa era la conquista sin enamoramiento previo, brutal, comercial e impuesta. Llegaba la máquina. De día era recibida, y el patrón tenía que ser recibido en la noche. Y después, cuando quisiera. El amo generoso, obsequiaba una máquina, y la elegida tenía la obligación de ser fiel y mantener a los hijos que vinieran.

Pasó el tiempo con sus días iguales, como en todos los pueblos, tan ignorantes, tan tristes, tan borrachos. Donde se espera que se apague la existencia, después de lampear el mismo surco, la misma

vereda, y comer lo mismo en el mismo mate. Sólo en casa de Chepita había cambiado la vida. Seis años habían transcurrido desde que llegó la máquina anunciando a don Ignacio. Hoy, un niño correteaba por la casa o jugaba en la calle. Un niño que no conocía a su padre. Si alguna vez, Chepita pretendió lucirlo, como correspondía al hijo de un hacendado, tropezó con la indiferencia de las gentes y se encontró con la realidad. Eran varias las que habían recibido máquinas antes que ella, y tenían niñas y niños mayores. Eran varias las que habían recibido máquinas después de ella, y tenían niños y niñas menores. Comprendió que sólo era una de tantas.

Recordó su cría de ganado cabrío, que todas las mañanas salía al campo por el postigo de la casa, y volvía al caer la tarde a guardarse en el corral. Cabras y cabras, muchas con sus chivitos al lado, y el último en entrar, muy serio, luciendo sus enormes cuernos y su larga barba en punta, el chivato indiferente y tranquilo, sin preocupaciones. Y al chivato también se le llama cabrón.

Don Ignacio, como también acostumbraba, se había alejado de Chepita. Algunas veces llegó de noche, escondiéndose entre las sombras, como temiendo que lo vieran entrar. Chepita protestó, sacó energías de donde no tenía y se enfrentó al gamonal gritando:
—¡No debes venir así a esta casa! ¡Soy tu mujer y no tienes por qué esconderte! ¡Pueden creer que es otro el que entra! ¡Pueden creer que te engaño!
—No importa, —contestó tranquilo el hacendado, seguro de que ninguna mujer se atrevería a serle infiel, por el respeto o por temor. Continuó hablando lentamente, dejando caer las palabras, para herir hondo—. Conseguir una mujer es fácil, mando una máquina. Deshacerme de ella es lo difícil, y más aquí, donde no hay hombres.
—No seas tonto —gritó Chepita. ¡Quién sabe cuántos de tus hijos, no son tuyos!— y como si no hubiera dicho nada, lo imitó, soltando lentamente las palabras —Ignacio ya está grande, tienes que hacerlo bautizar. Elige padrinos. Después tienes que reconocerlo, inscribirlo en la Municipalidad.
—De eso ocúpate tú. Yo no puedo reconocerlo.
—Quizás tengas razón —dijo Chepita sonriendo burlonamente— El niño no se parece a ti.

Después, le alcanzó el sombrero alón y el poncho, despidiéndolo, señalándole la puerta, sonriendo, como no lo había hecho antes. En la sala, la vieja lámpara de kerosene alumbraba pálidamente la escena.

El intentó no ver, ni oír, pero no pudo y la miró sorprendido y algo espantado. Nadie se había permitido levantarle la voz, ni insultarlo. Y ahora lo hacía esta mujer, una cualquiera, que le señalaba la salida.

Se colocó ladeado el sombrero, dobló el poncho y se lo colocó en el hombro. Sin despedirse, salió golpeando la puerta. Pero todo no había terminado. Chepita lo siguió, la abrió, y al ver que tres hombres estaban en la esquina, bajo un farol, gritó:
—¡No regreses! ¡Impotente! ¡Impotente!

Los hombres corrieron a ocultarse, para evitar ser reconocidos. Pero al día siguiente, uno fue a consultar al viejo diccionario que tenía el juez de paz. Otro fue a preguntar al maestro y el otro contó en un chichería lo ocurrido. Y el grito de Chepita, convertido en eco, voló repitiéndose mil veces por las calles del pueblo y retumbó en los oídos de todas las gentes, ansiosas de algo nuevo.

Como si nada hubiera sucedido, Chepita pidió al boticario y a su esposa que apadrinaran a su hijo. Y una noche, la abuela fue a la iglesia llevando de la mano al nieto. Y esperaban los padrinos, mientras Chepita en casa preparaba una modesta cena.

El cura estaba enterado de la vida de las gentes del pueblo, pero preguntó lapicero en mano:
—¿Nombre de los padres? ¿Día en que nació?
—Sólo tiene un padre —respondió malhumorada la abuela —Don Ignacio Verona, y la madre, es mi hija, Chepita Vincis—. Después dio una fecha.
—Bueno, bueno, ¿nombre del niño?
—Ignacio Alejandro Verona Vincis, hijo legítimo del patrón.
—No puede ser legítimo —replicó el cura— el padre es casado con otra mujer.
—Es legítimo —gritó indignada la abuela— ¡Mi hija tiene máquina! ¡Se la mandó el patrón!
—¡Recibir máquina! ¡Dios mío! Es un sacramento instituido sólo en este pueblo —¿Será esto a lo que llaman maquinismo? Traiga, traiga al moro, lo bautizaremos de pie, ya que es un hombre.

Se realizó el bautizo sin otro incidente y hubo un cristiano más en el pueblo.

Pocos días después, Chepita, vestida llamativamente, entró en la municipalidad y se acercó al secretario:
—Don Octavio, buenos días, vengo para que me haga el favor de

inscribir a mi hijo, ya está grande y el padre no puede reconocerlo.
—Muy bien doña Chepita. Ya debe hacerse por orden judicial, pero haré que firme el alcalde. Buscaremos testigos.

Llamó a los primeros vecinos que pasaron, después abrió un gran libro, mojó la pluma en el tintero, y preguntó:
—¿Fecha de nacimiento?

Chepita dijo día, mes y año.

—Nombres y apellidos.
—Alejandro Vincis Vincis —Lo dijo en voz alta y muy serena.
—¿El padre?
—Nicolás Vincis Otero, mi primo y mi novio. Ahora que está muerto y que probablemente me escucha, sabe bien que digo la verdad.
—¿Qué dicen los testigos? —preguntó el secretario— ¿Pueden firmar?
—No tengo inconveniente —dijo el más viejo— la Sra. Chepita dice la verdad. No puede mentir. Se trata de su hijo.

El niño bautizado como Verona, quedó inscrito oficialmente como Vincis. Sólo faltaba matricularlo en la escuela del pueblo. La madre ya le había enseñado a leer y a escribir. Con el hijo se dirigió a la escuela, donde se repitió el interrogatorio. Parecía que todos tenían ansias de conocer la verdad referente a la paternidad del niño. Y fue el maestro que sin ocultar su satisfacción, ahora interrogaba:
—¿Nombre del niño?
—Alejandro Vincis Vincis.
—¿Cambia el nombre de su hijo?
—No maestro. Soy la madre y nadie más que yo, sabe el apellido que debe llevar mi hijo. El padre fue mi primo Nicolás, que fue mi novio, y que Dios lo tenga en su santa gloria.
—Perdón, sí, pero... ¿pero no era hijo de don Ignacio?

La Chepita sonrió burlonamente, se acercó al maestro y le dijo al oído, algo que provocó en éste un gesto malicioso.
—Pobre! ¡Pobre! —exclamó— ¡quién lo creyera! Si no me lo dice Ud., doña Chepita. De manera que todos esos hijos... ¡puro farol!
—Guarde el secreto señor maestro. Pero creo honradamente, que el niño debe llevar el apellido del padre. No quiero ofender la memoria de mi primo. Hablando claro, yo estaba encinta cuando falleció Nicolás, y después, llegó la máquina.
—Pues hace usted muy bien doña Chepita. Que el niño conozca la verdad sin avergonzarse. Le guardaré el secreto, seré una tumba.

Es usted valiente. Señora, para decir la verdad se necesita mucho carácter.

En adelante, en la escuela, al pasar lista, llamaron al niño:
—¡Alejandro Vincis Vincis!
—¡Presente! —contestaba el muchacho.

Chepita continuó trabajando. Cosía y cosía, para vestir al niño, para educar al niño, para alimentar al niño. El hijo fue el único afán de su vida. Abrió una "pulpería", que fue creciendo y se convirtió pronto en "tienda". Dos años después era un respetable "almacén". Con el negocio fue creciendo el muchacho, que se acostumbró a estar detrás del mostrador, alejado de todos, sólo comprando y vendiendo. Conoció los trabajos y pesares de su madre y desde muy temprano la vida le mostró sus agudos dientes.

Se enteró de las miserias del pueblo, pero no se avergonzó de haber nacido en este rincón del mundo, donde los hijos del patrón morían tísicos de hambre. Con su madre lucharía contra las costumbres establecidas, impuestas por la bestialidad reinante. Terminó la primaria en la escuela del pueblo y se preparó para estudiar la secundaria en la ciudad.

Chepita había logrado que se le respetara, por valiente y trabajadora. Era el primer personaje del pueblo. Y esperaba que así fuera su hijo.
—Estudiarás medicina —le había dicho— serás doctor.

Como el maestro había sido un sepulcro, pero abierto, la gente que admiró el machismo del patrón, fue perdiéndole el respeto y lo hicieron víctima de crueles burlas. Lo miraban con insolencia, y como si buscaran algo en su frente. Un día, un borrachito le había dicho como en secreto:
—Patrón, tome guanarpo. Yo sé lo que le digo.

Don Ignacio que algo sospechaba, pues lo que primero fue rumor, después se convirtió en grito, maldijo la hora en que le había mandado máquina a esa mujer, que comenzó mostrándose altanera y después lo había expuesto al ridículo. Y el pueblo se vengaba de su orgullo de acaparador de mozas, haciéndolo blanco de burlas crueles y vulgares. Cuando se acercaba, miraban a otro lado para evitar el saludarlo.

Y un mal día para él, el hacendado entró en la tienda de Chepita. Sin reparar en nadie, y con voz autoritaria, gritó:

—¡Ignacio! ¡dame una cajetilla de cigarrillos!

El muchacho lo miró, como si no lo conociera, y colérico respondió:

—¡No me llamo Ignacio! ¡Soy Alejandro Vincis! ¡No le he dado confianza para que me tutee como a sus peones! ¡Carajoó! ¡No hay cigarros!

Terminó dando un fuerte puñetazo en el mostrador. Muchos compradores presenciaron este ultraje del muchacho al patrón, pero nadie intervino en su defensa. Si el pueblo nada le debía, nada podía esperar del pueblo. La humillación que sufrió del que era un niño, transtornó al hacendado. Tuvo que salir empequeñecido de la tienda, que ya ostentaba un gran letrero pintado en la pared: "Alejandro Vincis y Compañía". La "compañía" era Chepita, que en la trastienda, sonreía satisfecha. Había escuchado y estaba orgullosa de su hijo.

Don Ignacio estaba desesperado. Perdida su fama ya no sabía como ladearse el sombrero, ni como sonar las espuelas. Ya no era el macho del pueblo, era sólo el dueño de las haciendas que rodeaban al pueblo. Perdió el barniz de señorío, y con ello la autoridad sobre los demás.

Una mañana dominguera encontró a Chepita que salía del templo de oír misa. Corrió hacia ella y como un loco, le gritó:

—¡Puta! ¡puta!

¿Acaso había bebido? Chepita se detuvo, lo miró, y sonriendo despectivamente, le preguntó:

—¿Qué desea don Cornudo?

Creció la ira de don Ignacio que, no encontrando qué decir ni palabras para insultar, se rebajó aún más, al gritar:

—¡Devuélveme lo que te di! ¡Mañosa!

—Ven, te devolveré lo ú-ni-co que me diste, y con intereses — respondió ella tranquila, y continuó caminando hacia su casa.

La tienda estaba dando frente a la plaza de armas y a la iglesia. Como en la plaza se desenvuelve toda la vida del pueblo, hacia la plaza acudió la gente. Chepita caminaba seguida de don Ignacio, y mientras ella entraba apresuradamente en su casa, él se detuvo en la vereda de enfrente, en la plaza, donde ya se había reunido casi todo el vecindario para presenciar este episodio que alteraba la calma y tranquilidad pueblerina.

Al verla entrar, el hijo preguntó:

—¿Te insultó ese hombre?

—Sí, pero tú no intervengas. Es tu padre —le respondió en voz muy baja.

De la trastienda salió a la calle empujando la máquina de coser, esa misma máquina que llegó a la casa para convertirla en una amante más. Esa máquina fue la que puso en la vereda y atravesando la calle hasta la plaza, la dejó junto al patrón, Tinoco, que ahora servía a Chepita, la siguió arrastrando un costal, cuyo contenido vació junto a la máquina. Eran cuernos.

Don Ignacio quedó perplejo, aturdido, mientras la gente estallaba en carcajadas. Después se hizo un pesado silencio. Se dieron cuenta que nada cómico ocurría, que, por el contrario, eran testigos de la trágica caída del que fue un amo.

Unos lo miraron con pena, otros burlonamente, a este hombre que había mandado, que a todos había ofendido con su insolencia. Todo un edificio de abusos se derrumbó. Todo un gigantesco orgullo cayó por los suelos. La gente lo seguía mirando y, en la puerta de la tienda, la Chepita, sonriendo, esperaba ver qué haría don Ignacio.

Aún la historia sin importancia de estos pueblos perdidos, tiene que continuar. Algo tenía que suceder, no podía detenerse la marcha de los acontecimientos, y así fue. El hacendado gritó dirigiéndose a todos:

—¿Quién quiere llevarse esta máquina? ¡La regalo!

Nadie se movió, lo miraron a él, a la máquina, a la Chepita, y las palabras se perdieron en la indiferencia de las gentes. Todos se fueron retirando, despacio, sin hacer ruido, como si temieran que el gamonal señalara a la persona que tendría que llevarse esa máquina. Y nadie la quería. Pusieron la espalda y se retiraron en silencio, como en puntas de pies. Ahí quedaron, la máquina... y los cuernos.

Don Ignacio se fue también, paso a paso, agobiado por la explosión de sentimientos que había provocado. Se fue, perdiéndose por la calle solitaria.

—Señora Chepita, ¿por qué bautizó a su hijo como Verona, y lo inscribió y matriculó como Vincis?
—¡Qué pregunta hijito! Lo quiso mi madre y no pude oponerme — contestó risueña—. Dijo que a Dios no se le podía engañar, que él conoce la verdad, y que, en cambio, el Registro Civil aguanta todo.

Alejandro había llegado al pueblo para acompañar a su madre y ejercer la profesión que a ella le debía. Un hombre clavaba en la pared del "almacén" de Chepita, una brillante placa de bronce:

ALEJANDRO VINCIS VINCIS
MEDICO CIRUJANO

Mientras tanto, a unas pocas cuadras, don Ignacio amarraba sus gallos en las argollas de la vereda de su casa.

Todo se había olvidado; el tiempo había borrado recuerdos y rencores. Pocos se percataron de los cambios de la vida y las costumbres, que las mozas ya no recibían máquina y los niños tenían diversos apellidos.

Y la máquina que en la plaza quedó, rodeada de flores, ocupaba un sitio de honor en los jardines. Muchos ignoraban que había quedado como un monumento al pasado, como un recuerdo de la esclavitud, que lenta, muy lentamente, se va alejando de nuestros campos, de nuestros pueblos.

El sol, las lluvias, el tiempo, van destruyendo la máquina, esa máquina que sirvió en el pasado para coser en las vidas de las pobres gentes, tantas humillaciones y tantas miserias.

SIN UN RINCON

LOS hombres llegaron a caballo, con las carabinas sobre el arzón. Frente a la choza informe, de ramas secas, detuvieron las cabalgaduras. Eran tres cholos bien comidos y bien bebidos. Dos jóvenes y un viejo de gran bigote, que gritó:

—¡Quien vive aquí!

Salió un indio cubierto de retazos de todos los colores, una india flaca con los cabellos sobre la cara sucia y tres cholitos calatos, barrigones, que tenían el pellejo pegado a los huesos. Todos asustados, miraron a los chalanes. Pensaron que nada bueno anunciaban.

Hacía más de un año que se habían internado en los arenales solitarios, perdidos, lejos de todos los caminos. Ahí, cortando ramas de algarrobos y zapotes, habían levantado una choza, los defendía del sol, pero no de las lluvias, ni del viento. Soltaron sus cabras, y se quedaron. El indio dijo:

—Por este **despoblao nadies** pasa. Estaremos tranquilos.

En la noche se tendieron sobre la arena que guardaba el calor del sol. Miraron el cielo negro y las estrellas titilantes, los luceros fijos y la luna blanca.

—**¿Onde** estará Dios? — preguntó la india

—**Bayuno a saberlo** — respondio el indio.

Y este fue el diálogo de todas las noches. Y pasaban los días, él vigilando que las cabras no se alejaran; los cholitos ordeñándolas para tomarse la leche y con el sobrante hacer quesillos que se venderían en el mercado cuando fueran al pueblo lejano. Así pasaba el tiempo, mañana, tarde y noche.

Tenían como compañeros al sol que calentaba las arenas y al viento que arrastraba unos médanos, traía otros, y silbaba entre las ramas. Desayunaban agua de yerbaluisa, con camotes y yucas. Al mediodía el almuerzo y a las cinco de la tarde, la merienda en una sola olla de moros con cristianos. Y otra vez se acostaban sobre la arena y mirando al cielo, como siempre, preguntaba la india:

—**¿Onde** estará Dios?

—**¿Bayuno** a saberlo.

Y se quedaban dormidos, cansados. Lejos, muy lejos estaban los pueblos donde vivía la gente que se odiaba y moría con su afán de dinero.

Aquí vivían solos, pensando que estas tierras de nadie eran, que esos desiertos no tenían dueño. Pero hoy, de sorpresa, les cayó la no grata visita. Se encontraron frente a frente con los jinetes armados, hombres de esa clase indefinida que roba para otros a cambio de un plato de frijoles.

—¿Quién vive aquí?

—Yo vivo aquí, -contestó el indio -**¿paqué** patrón?

El cholo bigotudo tenía cara de patrón. Buen caballo y buen poncho de hilo blanco, y sombrero de paja fina, como los otros jóvenes, pero que ya tenían mala cara, agestados, tratando de impresionar, de causar miedo.

—¿Con qué permiso estás aquí?

—De **naides.**

—¿De nadie? ¿Crees qué estas tierras no tienen dueño?

—Yo no sabía señor ¿De quién son? Como **nadies** viene **puaquí.** Yo creí que no tenían dueño.

—¿Han visto que indio más cojudo? -dijo el viejo- ¡Con que tierras sin dueño!

Los tres chalanes rieron de buena gana. Los indios estaban desconcertados. No se explicaban que tuvieran dueño estos arenales donde nadie vivía, donde sólo ellos y sus cabras podían estar, porque no necesitaban sino de un poco de agua y ningún abrigo. Donde todo era arena que volaba para que viniera otra arena. Donde sólo crecían unos zapotes dispersos, lejos unos de otros y unos faiques que a veces daban una pequeñas flores amarillas que su mujer se ponía en la cabeza. Aquí no había nada. ¿Para qué querían estas tierras?

El tenía que caminar cuatro leguas de ida y cuatro de regreso, todas las semanas, para traer unos barriles de agua y algunos víveres. Camotes, yucas y manteca, zapallo, cecina y frijol de palo, arroz y chancaca. Vendía quesillos uno o dos cabritos y algunas veces una alforja de vivos colores o unos sombreros de junco tejidos por su mujer. Y esta paz, esta serenidad, hoy era rota, destrozada, pisoteada por esos tres chalanes armados, sirvientes de alguien a quien no conocían.

—Te vamos a perdonar el que te metas sin permiso en tierra ajena. Pero todos lo años tienes que entregar el diez por ciento de las cabras que tengas.

—¿**Queseso?**

—Que de cada cien cabras, entregas diez cabras que nosotros escogeremos. Eso es todo, como arriendo. Así el patrón, el dueño te deja vivir en su hacienda.

—**¿Usté** es el patrón?

—No, el patrón es el blanco que vive en Europa.

¿Qué será Europa? Como el indio no comprendió, se quedó callado. Estaba esperando otras desgracias. La fatalidad que había llegado a su rancho, ya no saldría. Habría que abandonarlo. La casa de los pobres no tiene puertas. La fatalidad entra sin pedir permiso, brutalmente, a patadas, insultando sin piedad. Así había llegado hasta estos arenales desiertos. Por todas partes, el hombre busca al hombre para matarlo, para pisotearlo, para quitarle el pan de la boca.

—Cuántas cabras tienes?

Ventitrés y el chivato

—Bueno. Tú, Hermógenes, escoge tres animales. Arrea lecheras.

El viejo sacó una libreta y un lápiz para anotar.

—¿Cómo te llamas?

—Sandoval...

—¿Tu nombre?

El indio pensó, se rascó la cabeza, el pescuezo, y no recordó su nombre. La mujer acudió en su ayuda.

—Sebastián, patrón

—Bueno, Sebastián Sandoval, seguro llegaste escapando de la leva. Si eres omiso, si no has hecho el servicio militar, puedes quedarte, cuidas el campo, que nadie saque leña, ni haga carbón. Cualquier cosa me avisas a la hacienda "Piedras Negras". Preguntas por el administrador, don Pedro Antonio. No te olvides. Ahora ya tienes permiso para quedarte en los terrenos de la hacienda. ¡Adiós!

Los tres jinetes se alejaron. Uno se quedaba atrás arriando las tres cabras. En ellas llevaban el alimento, la vida de los pequeños indios. El padre se quedó con la mirada perdida en el horizonte, la mujer miraba al marido. Algo se preguntaban en silencio, algo que no comprendían. El viento arrastraba las arenas, y dejaba el pesado dolor de estas gentes, como un negra montaña en el gris arenal.

—Sólo han **dejau** una cabra lechera — dijo la mujer

—Y que ya se está secando - contestó el marido.

Pasaron los días, los niños fueron enflaqueciendo y poniéndose y poniéndose tristes. Ellos habían correteado alegres tras las cabras, ahora la debilidad los pegaba a la tierra. Un día no regresó el menor. Salieron a buscarlo y lo encontraron bajo un árbol, muerto con los ojos abiertos. Había comido un fruto verde de zapote y arena.

—Torozón -dijo el indio palpando el vientre duro como piedra su **mama** era la colorada, la que se llevaron los mayorales- mañana nos vamos, buscaremos otro rincón.

—**Gueno** ¿Lo enterramos?

Lo envolvieron en trapos y le cerraron los ojos vidriosos. Cavaron

un hoyo en la arena y lo taparon, hondo para que los otros buitres no devoraran al pequeño. La mujer hizo una cruz de ramas secas y llorando la puso en la tumba del hijo. Fue todo el funeral...

Al día siguiente temprano, partieron donde los empujara el viento. En sus dos burros cargaron sus pocos enseres y los dos pequeños indios tristes, se preguntaban por qué habían dejado enterrado a su hermanito.

Caminaron todo el día. Cuando el cielo se vistió de anaranjado y rojo, se detuvieron para merendar el fiambre de maíz y tostado, yucas sancochadas, y de la limeta unos tragos de chicha. Después se echaron sobre la arena, como acostumbraban, mirando al cielo negro con sus titilantes estrellas, sus fulgurantes luceros y la luna blanca. Como siempre, como todas las noches, la india preguntó:

—**¿Onde** estará Dios?

—**Bayuno** a saberlo.

La india creía que su marido era el compendio de toda sabiduría, y se sentía segura y feliz junto a él. Continuó preguntando:

—¿Dios verá todo?

—**De juro, sies** Dios.

—¿Y **quiase?**

El indio estaba pensando en su hijo muerto, en las tres cabras que le robaron, en su pequeñez indefensa, sin un apoyo, sin una esperanza, sin un rincón donde refugiarse ante tanta injusticia.

No había hablado todo el día, porque la rabia le apretaba la garganta. La protesta que lo estrangulaba estalló en grito en el inmenso desierto:

—¡**Nuase nada,** carajo! ¡Nada, nada! ¡**Pa** eso es Dios!

Despoblado piurano 1935

LA ESTAMPA

AQUELLA noche llovió a cántaros y las aguas corrieron en torrentes por calles y canales, penetrando en las casas y anegando los sembríos. La oscuridad era rasgada por rayos y relámpagos, pero el ruido de los truenos y del agua al caer en gruesos chorros, destruyendo chozas y derrumbando paredes de adobe, no impidieron oír las descargas de fusil y el galope de caballos chapoteando en los fangales.

—¡**Mama!** ¡**Mama!**, ¿oye los balazos?

—Los oigo, parece que vienen **pacá...** un cabayo ha parau por el corral. ¡Anda be! ¡Anda be! **Baya ser tu taita.**

El muchacho bajó de su barbocoa, se puso el poncho y avanzó sigilosamente, machete en mano. Se oyó una voz al otro lado de la quincha.

—¡Justo! ¡Justo! ¡abre el postigo! Soy tu **taita** con mi compadre Pascual.

El hijo desamarró la puerta de algarrobo y pellejos, abrió, y dos hombres, quitándose los grandes sombreros juncos, entraron

sacándose los ponchos de lana, pesados de agua.

—Tres gendarmes nos pisan los talones... no demoran... esconde a mi compadre, que yo saldré **paserles** frente. Si me matan, es que me tocó. ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Soy yo Eliodoro!

—Ya te había conocido la voz —dijo una mujer alta y delgada, que salió de las sombras al ser iluminada por un relámpago que atrevesó la ramada.

—Escondemos al Pascual. ¿Le mataron la bestia? Ya le encontraremos otra **güena. ¿Y a ti, tas** bien?.

—Casi me agarran entrando al pueblo. Sentí detrás, bien cerca, los **cabayos** de los loros. Y las **cayes** como lagunas. Un resbalón de la bestia, y me jodía; me agarraban en el barro. A mi compadre le mataron la bestia y se acomodó a lanca. Lástima, un lucero que anoche encontró por "El Papayo". ¿Sabes?, me buscan por la muerte de don Flores. Alguien dio el soplo de que **beníamos** de Anchalay y se nos cruzaron.

—**¡Caya! ¡caya!.. yastan** ayí...

Se escucharon pisadas de caballos, ruido de sables, y después, la voz ronca, aguardientosa, de un gendarme:

—**¡Eliodoro! ¡Eliodoro!,** ¡date preso! ¡nada ganas escondiéndote! ¡mataste a don Flores!

El bandido abrió la puerta y salió armado de carabina. No lo tomarían vivo. Ya estaba cansado. Tanto esconderse, tanto correr, robar y matar, y no salir de la miseria.

—¡Maldita **seya** ¡—dijo— Esta **nues bida!** ¡maldita **seya!**

Se detuvo en la puerta, sin sombrero, sin poncho, bajo la lluvia. Gritó:

—¡Que abance, carajo, el que **seya** macho!

La mujer desesperada gritaba:

—¡No salgas! ¡no salgas! ¡te matarán!

Pero ya era tarde. Tenía que suceder, algún día, alguna noche.

—¡Deja que me traguen, carajo! —exclamó el cholo— ¡que me maten de una **bes!**

Otro relampago rasgó la noche negra, iluminando al cholo, y

una descarga cerrada se oyó, antes que el trueno sacudiera las tinieblas. Eleodoro se desplomó cayendo en el barro. Y continuó la lluvia. Torrentes caían del cielo. Y torrentes seguían buscando los canales. Y a los canales de riego fue la sangre de Eleodoro, ya que con sangre de cholo se riegan los arrozales.

—¡Ya lo mataron! ¡ya lo mataron! ¡asesinos! —gritó la mujer— ¡nada les **habiya** comido. ¡Muertos de hambre! ¡Ya lo mataron!

Los gendarmes callados, avanzaron hacia el hombre caído. Se quedaron mirándolo, cuando encontraron el bulto en la oscuridad. La mujer ahogada en sollozos llamó al hijo:

—Justo. Sal y fíjate en los tres perros que han **matau a tu taita. ¡Paque después** les cobre las cuentas!

El muchacho salió, agestado, serio, comprendiendo el papel importante que jugaba en esta tragedia y que tendría toda su vida. A la luz del farol, que sostenía con una mano en alto, alumbró a los soldados, y fue mirando con odio, fijamente a cada uno de ellos. Después dijo lentamente:

—Justo Agramonte me **yamo,** es mi apelativo. **Anque se sotierren,** se encontrarán conmigo, en cualquier camino, pronto, cualquier **diya,** los mataré como a perros. ¡Mierdas!

Escupió, y de un soplido apagó la vela del farol. La mujer quitó el arma a su marido y volvió a gritar:

—¡Mi marido es! ¡aquí se queda! ¡al que **abance** me lo **palomeyo!** ¡cobardes! **¡juera! ¡juera!**

Los tres hombres se retiraron en silencio, las tres sombras se hicieron una sola seguidas por las miradas de odio del hijo y las maldiciones de la madre. Montaron y partieron perdiéndose en la noche. Rosa y su hijo levantaron al herido y entraron a la choza, y sobre un poncho tendido en el suelo, quedó con su ronquido de agonía. El llanto de la mujer, un lamento interminable, se oyó hasta el amanecer. Cuando cesó la lluvia y salió el sol, se iluminó el dolor y la pobreza, que Dios misericordioso reserva para sus hijos preferidos. Eleodoro agonizaba. Tres balazos le habían perforado el pecho, pero así, quiso contemplar el nuevo día. Abrió los ojos y miró a su mujer y a su hijo. Habló con voz apenas perceptible:

—Dile al patrón que cumplí su **mandau.** Que jodí al Flores, pero que tambien me fregaron.

Después cerró los ojos, abrió la boca... había muerto. Afuera, gorjeo de pájaros, canto de gallos y silbidos y canciones de la gente que por el camino cercano se encaminaba al trabajo. Y mientras un sol resplandeciente brillaba brindando la vida, los sauces lloraban las últimas gotas de la lluvia.

Rosa, después, ocultó su pesar. Se mostró serena, para que no la compadecieran. Era costumbre que terminara así la vida. Su padre, sus hermanos y sus tíos, toda la ilustre estirpe, murió a balazos o a puñaladas. Hubiera sido vergonzoso para la familia, que su marido terminara enfermo en una barbacoa. Sus amistades no le preguntarían:

—¿De qué murió?

La pregunta sería:

—¿Doña Rosa, y **onde** le dieron?

Ahora se enfrentaría sola a la vida. Ese hombre había sido un bandido, pero la había querido y ella lo había respetado. Nunca supo que la había engañado, que tuviera un "entretenimiento". Antes de partir a su última correría, al verlo aperando la bestia, le había preguntado:

—Eliodoro, ¿pa onde bas?

—El patrón me manda pa arreglar un asunto con don Flores, que mandó quemar el cerco de "Jaguay **Berde"**

—Caray no puedes negarte. Es riesgoso.

—Sí, pero me pagó cincuenta soles, poniendo él la pólvora y la munición. Me puede fastidiar; don Flores es mayordomo del Sr. **Caútibo.**

—Al patrón no se le puede decir no. **Pontesta** estampa de la **birgen** del Carmen. Con esta lana bendita cuélgatela del pescuezo. Te protegerá; primero es la madre de Dios.

El cholo se colgó la estampa y entregó el dinero, que le había dado el patrón, a Rosa, que permanecía con la mano extendida. Ella lo vio partir, santiguándose, como lo hacía siempre, cada vez que tenía que colaborar con la muerte, pero quedó tranquila por la fe que tenía en su estampa. A ella la había protegido en muchas ocasiones. Pero, a pesar de todo, Eleodoro regresó para caer en la puerta de su casa y morir después de la tormenta, cuando ya brillaba el día. Había cumplido su compromiso, como hombre de

palabra. Rosa había vivido orgullosa de su marido y respetada por todos. Contemplaba al muerto con cariño, pensando que tenía un hijo que cuidar para que vengara la muerte de su padre. El muchacho tenía ya una misión en la vida. Pero Rosa se preguntaba: ¿por qué la estampa no había servido para librar a **Eliodoro** de sus enemigos? Ella no había dudado un instante de la eficacia de la estampa, de la ayuda de la Virgen.

Don Pascual en un oscuro rincón, sentado en el suelo, rezaba y lloraba la muerte de su compadre y amigo.

—Compadre —le preguntó Rosa— ¿No le vio una estámpa a Eliodoro?

—Sí comadre, amarrada al pescuezo.

—Gracias compadre —Y, sabiendo que no le sacaría más palabras a ese cholo hermético, agregó— **Agora, creya** que no lo **boto,** pero le aconsejo no seguir aquí. No podrá ir al entierro. Mejor **báyase puacá** como quien **ba** a la sierra. **Poray** no lo encuentran si es que lo buscan.

—Ya lo **habiya pensau** —contestó el viejo bandolero que siempre había sido fiel compañero de **Eliodoro.** Con la cabeza gacha, como un ajusticiado, se caló el sombrero hasta las cejas, bajándose las alas. Exprimió el poncho, limpió la carabina con un pañuelo sucio y se dirigió al postigo:

—Ya sabe Ud. comadre, y a ti **ahijaú,** cuando me necesiten, cuando quieran ayuda, en mi majada estoy. Muerto el único amigo que tuve sólo ustedes me quedan en el mundo —Dio un profundo suspiro y terminó— **¡Asiés** la vida! ¡Adiós!

Salió paso a paso, sereno, sin apuro, y se perdió en el bosque de algarrobos que terminaba en los estribos de la sierra. Rosa se dirigió a su hijo:

—Pide cajón y **capía** al pueblo, cualquier vecino hace el fabor.

Salió y montó en el caballo de su marido. Se dirigió a la casa hacienda. Tenía que pedir dinero para el entierro. Adelanto a cuenta de trabajos, si el patrón no pagaba los gastos. Cuando llegó le pareció que éste la esperaba. El blanco demostró sinceramente su pesar. Ya estaba enterado, y ella pensó en el culpable.

—**Guenos diyas** de Dios, patroncito —dijo Rosa.

—Sabrá que a mi marido lo mataron anoche, en la puerta del

rancho. Los gendarmes lo siguieron achacándole la muerte de don Flores. Mi marido murió ya casi de **diya.** Me encargó que le dijera que cumplió su mandato. No me dijo cuál **jué. Agora** hágame el fabor, patrón, de **emprestarme** pal' entierro, que yo y mi hijo le pagaremos con trabajo.

—Sí, anoche sentí tiros por tu casa, por ese lado. Siento mucho la desgracia. Tu marido y tú, siempre han sido buenos servidores de la hacienda y los estimo. Toma para los gastos del sepelio, que no falte nada, y si falta, pide. Y ya sabes, nada me debes. Mucho siento, Rosa, tu desgracia. Dile a tu hijo también, que aquí siempre tendrá trabajo, un rancho y mi ayuda. Pero, ¿a qué encargo se referiría?

La mujer se despidió dando las gracias. Sabía que el patrón mandó a Eleodoro hacia la muerte. Pero ese era su oficio y tenía sus riesgos. Montó y partió, primero a galope, después frenó, para demorar en el camino, deseando que éste fuera largo, largo y no llegar nunca. No quería ver a su hombre con los brazos cruzados sobre el pecho, con los ojos cerrados para siempre.

—Por cincuenta soles —se dijo— mató a un hombre y lo mataron a él. Veinticinco por cada vida de pobre o rico, es lo que se paga por estos campos que no son de Dios. A mi hijo también lo matarán por el cerco del jaguay, donde él no tomará agua. Seguirá el pleito, entre el hijo de don Flores y el hijo del patrón, y morirá otro Agramonte, y el hijo de ese Agramonte, y el nieto, peleando por la tierra y el agua que no es de nosotros.

Llegó al rancho. La esperaban amigos y amigas. Ya en un ataúd estaba el cadáver del hombre que ayer galopaba por los campos después de haber quitado la vida a otro hombre. El ataúd sobre unos bancos y en el suelo cuatro velas encendidas. Una vieja rezaba el credo acompañada por las mujeres, mientras los hombres bebían aguardiente y comentaban la vida del difunto:

—**Jué** bien macho, carajo. ¿Cuántas cachemas debía?

—Dicen que ventisiete, dicen.

Cuando llegó Rosa fueron a ella para abrazarla dándole el pésame y aprovechar para palparla y enterarse si aún estaba dura.

—**Resinación** doña Rosa. Dios lo **yamó** a su seno. Ya descansa el pobre.

Y le hicieron la pregunta que ella esperaba:

—¿Y, **onde** le dieron?

Rosa levantó la camisa al muerto y mostró las heridas de tres balas como ojalillos en el pecho. Fue señalando los agujeros, no fueran a decir las malas lenguas, que había muerto de tabardillo, de cólico miserere, o lo que era peor, de balas por la espalda.

—¿Esta **jué** la que lo jodió! —dijo un cholo experto— Esta **jué.**

Y otra vez se escuchó el resumen de toda la filosofía de estas gentes, buenas o malas, pero con gran entereza ante el infortunio.

—¡**Así** es la vida! ¡Terminaron tantos afanes!

Las velas seguían chisporroteando, las mujeres rezando, y los hombres empinando el codo. Afuera, el campo mojado dejaba escapar nubes de vapor de agua que el sol rescataba para que los cielos la arrojaran otra vez sobre la tierra siempre sedienta.

En la tarde fue el entierro, asistió todo el pueblo que estimaba al difunto y a su mujer. El hacendado mandó toda la peonada de "Los Paltos". Todos con machete bajo el poncho.

Cuando la gente salía del cementerio, ya casi de noche, cientos de faroles formando dos hileras a los lados del camino, aparecieron por la entrada del pueblo. Era el entierro de don Crisóstomo Flores, el hacendado vecino, que había sido asesinado el día anterior. El acompañamiento de serranos con largos ponchos de lana y gruesos sombreros de paño. Ocultos por los ponchos colgaban los espadines, esperando que alguien piteara para contestar el reto.

Los dos cortejos se cruzaron miradas desafiantes, formaban dos bandos que no se mezclaban, que evitaron saludos. Por momentos, pareció que se trabaría una lucha sangrienta.

Rosa regresó al rancho acompañada de su hijo y de un pequeño grupo de amistades. Se sentaron en el suelo, sobre los ponchos tendidos.

—Justo —dijo Rosa— encontrastes algo en la ropa de tu **taita?**

—Sólo tres cartuchos y tres soles, **mama.**

—¿No tenía una estampa de la virgen?

—No, **mama.**

—Caray entonces, no lo acompañó, por eso lo fregaron.

Una chola joven y buenamoza, que tenía los ojos rojos de llorar,

se acercó a Rosa, y sin mirarla, le entregó una estampa.

—¿No es ésta, doña Rosa?

—Sí, **estés**. **¿Onde** la encontraste **Ufemia?**

Si Eleodoro estaba muerto, había terminado la traición a la amiga, nada tenía ya que ocultar. Aclarando el fin de Eleodoro, defendía a la Virgen, por eso, impasible, Eufemia contestó:

—La encontré en mi casa.

—Y yo no sabía que en tu casa sesteaba el cholo. ¿Cómo se le **cayo?** Preguntó mirando fijamente a su rival.

—De seguro —respondió Eufemia muy tranquila— cuando se quitó los calzones.

Rosa pegó un salto. Ya no pudo soportar más el cinismo de la china. Se enteraba de la infidelidad del cholo cuando ya estaba enterrado. No podía cobrarle la ofensa que aclaraba porque al rancho había llegado solo, indefenso, desamparado. Llegó sin la estampa, lo abandonó la madre de Dios — **Ufemia** —dijo Rosa aparentando tranquilidad— anda, vete, piérdete, no quiero verte. Y llévate la estampa, que te proteja si alguna vez te encuentras conmigo.

Los hombres presenciaron la escena, callados, con los ojos entrecerrados, nerviosos, como si se sintieran culpables. Las mujeres se levantaron dándole paso a Eufemia, para que se fuera sola con su vergüenza. Y mientras Eufemia se perdía por el oscuro camino, rumbo al pueblo, Rosa apagó las velas y dijo ahogada en llanto:

—No rezaremos la **nobena.** No habrá misa de **dijuntos.** ¡Que se tueste en el purgatorio!

En silencio salieron las mujeres cubiertas con sus mantas negras y los hombres hundiéndose hasta las cejas sus alones sombreros con cintillos de crespón.

—**¡Eufemia! ¡Eufemia!** ¡No pierdas la estampa! Gritaba Rosa, cada vez que pasaba a pie o a caballo por la casa de Eufemia.

Y un día ventoso y polvoriento, Eufemia cayó muerta en medio de la calle, cuando corría y corría tras la estampa, que volaba y volaba en un remolino de polvo arrastrado por el viento.

gigantes... o unas tenazas de castrar... ¡Ay!.. todavía estoy adolorido... Pero, va pasando.

La mujer se acostó tranquila al ver que su marido recobraba la calma y parecía libre de ese extraño dolor.
— Mañana regresaremos a la ciudad —dijo— para que te examine un médico.
— No, no, aquí son unos animales. Iremos a Lima.

Doña Cristina apagó la vela. El campo recobró su silencio con rumor de rezos, pero don Juan María ya no pudo dormir. Comenzó a recordar algo que había ocurrido recientemente en la hacienda. Algo que había tratado de olvidar, por no tener importancia para él, por tratarse de dos indios, de dos cholos, de esos animales pisantes de sus tierras. Ya habían transcurrido siete meses. Sí, siete meses.

Su esposa estaba en la ciudad. Lo despertaron fuertes golpes dados en la puerta del dormitorio. Encendió un fósforo, miró el reloj. Eran las cinco y media de la madrugada. Ya comenzaba a aclarar.
— ¡Patrón! ¡patrón!
— ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
— ¡Patrón! ¡ya agarramos a los Carreños! ¡los de las cabras!
— ¿Dónde los tienen?
— En la vega de Piedra Negra... Allá nadies sentirá nada. Está lejos.
— Bueno, anda que ya voy. Dile al muchacho que ensille mi bestia.

Hacía varios meses que desaparecían cabras de la hacienda. Los gallinazos habían desenterrado unos cueros cerca del rancho que fue de los Carreño. El rancho estaba abandonado, ya los cholos no vivían allí, se habían ido al pueblo y trabajaban en otras haciendas. Pero los mayorales aseguraban que eran los Carreño. Que de noche volvían al rancho, mataban a los animales, dejaban los cueros enterrados y se llevaban la carne. Ellos eran los ladrones.
— Sí, patrón —le habían dicho— esos indios son unos mañosos.
— Entonces agárrenlos —ordenó—, un buen castigo servirá de escarmiento.
El había ordenado y los empleados habían obedecido.

Don Juan María salió poniéndose el sombrero "zambita", blanco, de grandes alas. Montó y se dirigió a la Vega. Cuando llegó, uno de los Carreño estaba tendido en el suelo, sin sentido, le habían dado de palos y patadas. El otro, el mayor, el más fuerte, estaba colgado de la rama de un algarrobo, por los sobacos y con las manos

amarradas detrás, en la espalda. Tenía la cara amoratada y cardenales en todo el cuerpo. Riendazos. El mayordomo y los mayorales, que sumaban cinco de los mozos más fornidos del pueblo, se habían divertido antes de que llegara el patrón. Ahora reían contemplando su obra. Llegó el patrón, desmontó y avanzó sonriendo hacia el que estaba colgado.

— De manera —le dijo— que tragas carne a mis costillas. ¡Indio mañoso!

— Le juro patroncito, que ni yo ni mi hermano, le hemos **robaú** cabras, ni nada. ¡Lo juro por Dios!

— Los cueros estaban enterrados por tu rancho. No niegues, de nada te servirá. Estoy decidido a castigar esto, para que no se repita.

— Patrón, juro que no he sido. Le pagaré las cabras, aunque no las he **robaú.**

— No necesito tu plata ¡indio animal! ¡indio sucio! quiero castigar la falta de respeto.

— ¡Pero yo no las robé!

Creció la ira de don Juan María ante la porfiada negativa del indio. ¡Catorce cabras! Como loco buscó la forma de aplicar el castigo. De repente, vió como de las alforjas de un mayoral, sobresalían las gigantescas tenazas de castrar. El hombre sociable, con don de gentes, con apariencia de civilizado y culto, corrió y cogió las tenazas, con la terrible herramienta en las manos, regresó donde colgaba el indio.

— ¡Ahora verás! ¡indio de mierda! —gritó— ¡quítenle los pantalones!

Los mayorales obedecieron y el hombre quedó colgado, sólo con su camisa sucia y hecha girones. El patrón avanzó, abrió las tenazas las colocó, dejando dentro de ellas los testículos del indio, y después las cerró...las cerró...¡las cerró!

Un grito espeluznante, horrible... horroroso... estremeció, destrozó la serenidad del campo. Fue un solo grito que perforó el cielo indiferente. El hombre colgado pegó un salto como de pez fuera del agua y quedó inmóvil, verde, con la boca torcida, los ojos abiertos, con una mirada fija de terror, como si hubiese visto llegar a la muerte, a esa horrible muerte, más compasiva, que lo había tronchado al instante para evitarle ese gran dolor. El patrón arrojó al suelo las tenazas, montó en su caballo y ordenó:

— En la noche, cuando oscurezca, se los llevan, y los botan por una de las calles del pueblo.

— **Gueno** patrón, así se hará, **baya** tranquilo —contestó el mayordomo.

Don Juan María clavó las espuelas a la bestia y partió de regreso a la casa de la hacienda, donde un sirviente esperaba para servirle el desayuno. Sentado ante la mesa, se hizo la señal de la cruz, y tranquilo comió y dictó órdenes, comunicando a empleados y jornaleros su espíritu piadoso.

— Oye, Conce, prepara todo, me voy mañana. Si Dios lo permite.

Era el 26 de julio y tenía que estar el 27 en la ciudad, para los festejos de fiestas patrias. No podía olvidar, por muchas razones, el pequeño disgusto que le dieron los Carreño. Habían transcurrido siete meses. Y ahora, este dolor que lo sorprendía cuando tan tranquilo dormía, ya que no se puede sentir arrepentimiento por matar dos indios.

Siete meses de este hecho sin importancia. El 27 de julio en la noche, vistió de etiqueta y en el club bailó con una respetable matrona con la que tenía relaciones y que era esposa de su más querido y respetado pariente y amigo.

El 28 asistió, invitado por el Obispo, al solemne Tedéum. En la tarde desfiló por las calles de la ciudad, ayudando a llevar una gigantesca bandera peruana. Con gesto apropiado a las circunstancias, con sus delicadas manos, cogía como una hostia "el sagrado símbolo de la patria".

Mientras tanto, en una de las calles del pueblo lejano, habían encontrado dos hombres brutalmente apaleados y flagelados. Uno, estaba muerto y tenía los testículos destrozados. El otro hombre, murió dos días después, sin recobrar el conocimiento. Eran los dos Carreño. El Juez de Paz y la Policía investigaron pero no descubrieron a los culpables. Nadie sabía nada. Se pensó que probablemente había sido el resultado de una riña de borrachosos.

Pero la madre sospechaba. La vieja Carmen recordó que un mayordomo le había preguntado pocos días antes:

— Doña Carmen ¿dónde están sus muchachos?

— Trabajando en Chulucanas. Se **jueron** a la cosecha de limones. Así me dijeron.

— Si vienen dígales que vayan a la hacienda pa darles trabajo dijo riéndose el mayoral.

Sus hijos regresaron, y ella, inocentemente les comunicó el fatídico mensaje, sin pensar que los mandaba a la muerte. Ahora estaba segura que de esa hacienda se los habían devuelto destrozados.

Empeño la casita para sepultarlos. Primero al mayor, dos días después al menor. Lloró sola, ya que el pequeño nieto que la acompañaba no comprendía por qué regresaron así su padre y su tío. No había corazón, ni cerebro de madre que soportara tanto dolor. Casi al mes del entierro de sus hijos, doña Carmen enloqueció, y como si hubiera tomado simora, salió gritando por las calles del pueblo:

— ¡Don Juan María! ¡Don Juan María! ¡Por dónde agarró a mi hijo, lo agarraré yo! ¡No lo soltaré hasta matarlo! ¡Por todos los santos, juro que me las pagará!

Los mayorales, riendo, le contaron al patrón. Les causó risa la locura y los gritos de la vieja india:

— ¡Don Juan María, patrón, si le gustan las viejas, no se deje agarrar por doña Carmen, la madre de los Carreño.

Loca rematada se la llevaron a las Huaringas pa curarla. Y las risas de los chalanes que cuidaban los bienes del patrón, pusieron marco alegre al pueblerino cuadro trágico. La justicia no se ocupó más de la denuncia, las víctimas eran cholos pobres, indios sin importancia. No se podía sospechar de don Juan María que era un caballero patriota y cristiano y, sobre todo, muy rico y con influencias en Lima. Hubiera sido, sólo la sospecha, un insulto a la sociedad. Todo terminó con un: "No ha lugar. Archívese".

Hacían siete meses de todo esto y, cuando ya estaba olvidado, de pronto, este terrible dolor, este espantoso dolor que lo había despertado cuando dormía con la conciencia tranquila soñando con arcángeles armados de espadas y arcabuces que defendían sus cabras matando cholos ladrones. Todo lo había olvidado y no se había dejado atemorizar por cuentos de brujerías que sólo eran para el pueblo ignorante y vulgar. No le importaron los gritos y amenazas que por las calles del pueblo lanzó doña Carmen cuando enloqueció. Meses después le informaron que doña Carmen había regresado curada y que se mostraba tranquila y resignada.

Pero los dolores se repitieron todas las noches, y tuvo que viajar a Lima para que lo atendieran los mejores médicos. Fue debilitándose, consumiéndose por la dolencia y el terror. Al año, su mal no le permitió dejar la cama. En la noche daba gritos desesperados, y en el día lo invadía el miedo esperando la llegada de la noche. Miraba con angustia el reloj, donde parecía que pasaban veloces las horas.

Análisis, chequeos completos no pudieron emitir un diagnóstico seguro. El enfermo tenía una botica en el velador y a los pies de la cama una mujer que lo miraba con desdén:
— ¿Dónde te habrás ido a meter? ¡Cochino!

Un día lo visitó un mayoral de la lejana hacienda. El quiso decirle:
— Dile a la madre de los Carreño, que me perdone y me mate de una vez.

Pero pensó que era rebajarse, humillarse a seres inferiores, lo que también significaba una confesión. Su clase le impedía hablar. Pero el mayoral adivinó lo que callaba el patrón, a quien doña Carmen había hecho "daño". Lo sabía todo el pueblo. A su regreso, un día detuvo el caballo en la puerta de la casa de doña Carmen, donde ella estaba como esperándolo.
— Doña Carmen —le dijo— si viera al patrón le daría lástima. ¿Por qué no termina con él de una vez?
— El no tuvo compasión de mis hijos —contestó la vieja— y tampoco se apiada de ti, muerto de hambre. Tú no estuviste en el crimen, sino no contarías el cuento. Anda, vete, sirviente, sambo adulón.
Y entró dando un portazo.

Después de tres años de sufrimiento murió don Juan María fue una noche que veía perplejo lo que otros no veían. Que oía desesperado los ruidos que los otros no escuchaban. Estaba lejos y no podía decir lo que quería. El dolor lo enmudecía. Hizo un terrible esfuerzo, primero tartamudeo, después hizo señas a su mujer, llamándola y diciendo en un lamento:
— Doña Carmen, perdón, ya suélteme los compañones, quíteme las tenazas ¡Quíteme las tenazas!

Y, en el cuarto en penumbra, se sintió un golpe seco, como si algo pesado hubiera caído en el piso de parquet. El enfermo abrió los ojos, aterrorizado, dio un salto como de un pez fuera del agua y verde la cara huesuda, quedó inmóvil estirado en la cama.
— Qué Dios lo reciba en su santa gloria —dijo el cura cerrándole los ojos.

Don Juan María murió igual que su víctima, con los testículos destrozados, sanguinolentos, como gruesas y grandes vejigas de res, acabadas de arrancar.

Después de unos años, conocí al nieto de doña Carmen, en una picantería del pueblo. Había venido de muy lejos para visitar la tumba de sus familiares. Me hizo este relato.

— Hace quince años que murió mi abuela. Ella supo quiénes y cómo asesinaron a mi padre y a mi tío. Seis fueron los asesinos y entre seis no se puede guardar un secreto. Estaba muy pequeño, pero me di cuenta del dolor de mi abuela. ¡Perder sus dos hijos! ¡Y cómo! Lloraba día y noche. Un día trajo huesos del cementerio. Los quemó, y con ese carbón escribió detrás de la puerta los nombres del patrón y de los cinco mayorales. Llorando inconsolable pasó más de un mes, hasta que estalló su cerebro, no resistió más y se volvió loca. Corrió por las calles gritando, amenazando a los asesinos de sus hijos. Yo corría atrás de ella agarrándome a sus faldas. Unos parientes la llevaron a su casa y días después viajaron a las Huaringas para que la curaran los brujos. Dos meses después regresó sana, tranquila pero no resignada. Comenzó misteriosos ajetreos. Me pidió que a un determinado mayoral le robara las tenazas de castrar. Lo hice. Otro día me dio unas taleguitas de pellejo para que las llenara con la tierra de los rastros de don Juan María. Una para el pie derecho y otra para el izquierdo. Aparentando jugar las bolas, esperé que el blanco entrara al pueblo y fui detrás de él, poniendo la tierra en las taleguitas. No recuerdo qué otras cosas me pidió. Yo obedecía ciegamente, por el gran cariño que le tenía y para que no le ocasionara ningún disgusto. Ahorró, y con ese dinero hizo celebrar una misa por el alma de sus hijos, a los siete meses justos del asesinato. Fue esa noche, segura de que yo dormía, cuando dio comienzo al misterioso trabajo. Colgó las talegas de pellejo de un horcón del techo y sacó las tenazas de castrar de donde las tenía muy escondidas. Después rezó y rezó con las tenazas apretó... y apretó... y apretó las talegas llenas de tierra de los rastros. Rezaba y apretaba, cerrando las tenazas con todas sus fuerzas. Semanas después nos enteramos que al patrón, apresuradamente. lo llevaban enfermo a Lima. Ya no regresó, pero mi abuelita continuó todas las noches apretando y apretando, hasta que se cansaba. Después escondía las tenazas, y se dormía tranquila. En el transcurso de tres años mi abuela tarjó cinco nombres de los seis escritos detrás de la puerta. Los cinco mayorales murieron tísicos. Por último llegó la noticia de la muerte de don Juan María. Por la noche dejó caer las tenazas sobre una cruz trazada en el suelo. Después se tomó una botella de cañazo y borracha de alcohol y de alegría, tarjó el único nombre que faltaba

tarjar, el de don Juan María. El blanco había muerto igual que mi padre, pero había sufrido tres largos años. La viejecita enterró todo lo que había servido para cumplir su amenaza. Meses después se murió de nada, se quedó dormida, alegre, pero cansada y ya no despertó. ¿Cree Ud. en las brujerías?

—No, pero vivimos rodeados de misterios. Dicen que la fe mueve las montañas, y el amor hace los otros grandes milagros. El dolor humano es contagioso, lo sentimos todos, como si fuéramos un sólo cuerpo.

—Sí, el asesino sintió hasta su muerte, el dolor que causó matando a mi padre. Ese terrible y horroroso dolor. Mañana me alejaré de este pueblo. No podría vivir aquí, ya he sentido el mismo dolor cada vez que he visto tenazas, esas malditas tenazas de castrar.

NI QUE JUERA HEREJE

POCOS días antes de Semana Santa, fue el deslinde de tierras del pueblo con la comunidad. Fue una ceremonia a la que asistieron el Prefecto y el Subprefecto, el juez y el notario; y representando al distrito el Gobernador y el Alcalde. El escritor Carlos Camino Calderón recogió la anécdota nacida al terminar la colocación de estacas en los linderos, dando fin a polémicas y pleitos en papel sellado.

—De aquí **payá** es de la comunidad, **pacá** es suyo— había dicho el Gobernador, dirigiéndose al Prefecto, mientras el escribano anotaba los detalles que dictaba el ingeniero.

Y de trecho en trecho, en el recorrido de varios kilómetros, el gobernador se dirigía al Prefecto:

—De aquí **payá** es de la comunidad, **pacá** es suyo.

El Prefecto daba su aprobación, el ingeniero indicaba los detalles y el escribano anotaba. Todos estaban contentos por el paseo y el gran almuerzo que los esperaba en casa del Gobernador. Sólo el Subprefecto se encontraba nervioso, intranquilo, mirando al Prefecto con envidia mal disimulada. Fue cuando terminaron los trámites y

se firmó el acta dictada sobre el terreno, que ya el Subprefecto no pudo contenerse y disimuladamente se dirigió a su superior jerárquico:

—Lo felicito señor Prefecto— le dijo —no se olvide de este su servidor. Espero una tajadita. ¡Caramba! Todo esto es suyo, dele al supre sólo un alita.

—¡Animal!. ¡Suyo, se llama el pueblo! Regrese inmediatamente, haga su renuncia, que la aceptaré tan pronto llegue.

Esto fue unos días antes de Semana Santa. Había pasado la época de las lluvias y el pueblo se preparaba para celebrarla. Se notaba un ambiente de recogimiento y de fiesta. Cientos de serranos llegaban con sus familias. En burros y mulas, bajo el poncho el machete o el espadín, y en las alforjas las botellas de pambarumbe. Las mujeres rodeadas de chiquillos sucios y asustados, cogidos de las faldas de la madre. Los padres buscaban posada y no eran exigentes. Dormirían en cualquier rincón, comerían lo que les sirvieran. Estarían jueves y viernes santo, sábado de gloria y partirían el domingo después de hacer sus compras. Cientos de serranos con ponchos de colores, serpenteando por los caminos escarpados, subirían y subirían la cordillera, y bajarían hasta sus valles floridos, otra vez a sus pueblos dormidos, donde la paz sólo es turbada por la piteada de desafío de un borracho. Regresarían a sus pueblos después de haber escuchado la palabra de Dios por boca del cura Godoy.

El miércoles en la mañana fue que la Rosa Palma entró a Suyo, montando un bayo, con la carabina colgando del arzón y el machete bajo el poncho. El sombrero junco a la pedrada dejaba al descubierto toda su cara larga y huesuda, donde brillaban los grandes ojos negros que a nadie miraban.

—Comadre— le había dicho un día la Rosa Ruidíaz —**usté** en **nadies se** fija.

—Así no sabré quién me mata— contestó la capitana, —puede ser de seguro un ingrato, y el desengaño es **pior** que la muerte—.

Hoy a nadie temía, ya que estaba enterada que las autoridades y los tres gendarmes del pueblo estaban en camino a la ciudad. Sin apresuramiento, con la bestia al paso, se encaminó a la pulpería de Estanislao Juárez. Llegaba sola para que vieran que no buscaba pendencia y que no era la fiera que decían. Desmontó, amarró la soga en uno de los troncos que hacían de columnas para sostener el ancho alar del techo, y subió despacio los cinco escalones de la

casa en alto, que así se defendía de los torrentes cuando llovía. Entró tranquila a la tienda y se acercó al mostrador. Compradores y amigos del tendero se quedaron inmóviles mirándola aterrados. Ella simuló no darse cuenta de la impresión que causaba su ingreso. Juárez, como si no hubiera visto a la mujer, continuó hablando en voz alta:

—Sí, ya les digo que traigo al mejor predicador que ha llegau al departamento. Trigo nada menos que al cura Godoy, famoso, me dicen. Los periódicos hablan **del,** le he **mandau** trescientos soles, bestias y guardaespaldas **pa** que venga. Hoy debe llegar. **Ban oyir güeno.** Pa que sean cristianos y sepan respetar los bienes ajenos como dice el catecismo. Parece que hay gentes que nunca **luan leyido.**

Lo último lo dijo mirando a la Palma, que se hizo la desentendida y miraba en los parches las piezas de percala de colores. Juárez avanzó con las manos metidas en los bolsillos del chaleco, cruzado por una gruesa cadena de oro. Se la quedó mirando, sereno, sin mostrar miedo y casi indiferente, le dijo:

—**¿Yusté**... qué busca?

—Quiero comprar. No voy a venir a visitarlo, pues no lo conozco ni en **peleya** de perros. Quiero unos cortes de percala, y otras cosas. Deme las muestras pa escoger.

—**¿Las ba** pagar?

—¡Guá! ¡Claro! **¿Qués usté** cojudo? No vengo a pedirle **fiáu, niá** pedirle limosna. Pago con mi plata—, respondió la Palma, perdiendo la cabeza —¿Me conoce usté?

Sí. **Creygo** que por lo **lisa** debe ser la Palma. ¿Cierto? **Poreso** le preguntaba **si ba** pagar, o si **biene** a robar.

La Palma creyó prudente no estallar, y se quedó quieta, como si nada hubiera oído y la conversación fuera amistosa; contestó sonriendo:

—Ya me **habiyan** dicho **quiusté** era un sambo **malcriau,** que se **cré** mucho porque tiene cuatro **riales.** Sepa **quiusté** roba detrás del mostrador, sin peligro, como un cobarde, y yo, en los caminos **es poniendo la bida.** Sepa también, **quiamí nadies** me falta el respeto, y quien me la debe me la paga.

—¡Mándese cambiar **diaquí** ¡bandida! ¡ladrona!— vociferó el pulpero.

—Me **boy,** carajo, pero le digo, sambo gragiento, que duerma con un ojo abierto. **Yegué** respetando pa que me respetaran, **yusté** me buscó. **Baya** arreglando sus trapitos, que la mortaja no tiene **bolsíos** y en el infierno se entra calato.

Dio un puñetazo en el mostrador haciendo temblar la percha y repiquetear las botellas. Salió pisando fuerte y sonando las espuelas pero bajó despacio los cinco escalones, y se sintió humillada, adolorida, como si la hubieran sacado a patadas. Montó y paso a paso, se alejó por la larga calle de ranchos sucios, de paredes potrosas y puertas de latas y pellejos. Salió al campo, respiró a todo pulmón para no ahogarse, y clavó las espuelas al caballo que arrancó al galope, entrando por el camino sombreado por viejos algarrobos.

Cuando llegó al hospedaje, rancho perdido casi en una loma, escondido entre vichayos, se dejó caer del caballo y se abrazó al cuello del animal para no caer. Le atormentaba un dolor en el vientre y la casa, y los sauces que parecían mujeres lavándose los cabellos en las acequias, comenzaron a dar vueltas alrededor de ella en diabólica danza.

Su tenienta la Ruidíaz, y don Pascual, salieron corriendo a sostenerla:

—¡**Guá!**. Comadre, **¿onde** le dieron?

—Es **más pior** que bala. Es chucaque. ¡Me muero!.

—¿Qué **condenau** le faltó?, **¿quiá** tenido un disgusto?

—¡**Grandasasaso!** Pronto **yame** a un santiguador. (La dueña de casa gritó):

—¡Mario!. Anda **prontito** y **trete** a don Rufino, que venga corriendo **an questá mamau.**

El muchacho, corriendo como un venado, se perdió entre los árboles. A la Palma cargada la entraron al rancho y la acostaron en una tarima. Don Pascual encendió un cigarro y se lo puso en la boca a la capitana.

—Fume comadre, **liará** bien.

—Comadre— dijo la Ruidíaz —dígame quién **jué pir** al pueblo y **palomeármelo.**

—Esté tranquila— respondió la Palma —son días santos. Sería como matar al Señor, y no somos judíos. Esa cuenta la arreglo yo.

Ustedes también muchachos. Dejen las cosas así. Agora que me curen.

El muchacho regresó corriendo, seguido de don Rufino, quien también corría a pesar de sus años. Ya sabía quién era la enferma, y el brujo hacía mucho tiempo que no veía un personaje de tanta importancia.

—¡Carajo! Dicen que tiene cuarentitrés marcas en la culata.

—Yo conté cuarenticinco —dijo el muchacho— cuarentitrés debe haber tenido la semana pasada.

Entraron apurados, todos esperaban mirando a la enferma que se retorcía de dolor. El poseedor de los secretos médicos del campo, saludó:

—**Güenos diyas** de Dios. Chucaque de doble credo. Que me den una peseta de plata, si tienen del rey, mejor. **A ber,** destápese la barriga.

La paciente obedeció y don Rufino cogió la peseta que le alcanzaron se acercó a la Palma. Se la colocó sobre el ombligo donde la presionó con el dedo índice, haciéndola describir un movimiento circular.

—**Baya** resando dos credos doña Rosa y cuando termine me avisa.

El brujo continuó presionando el ombligo con la peseta y rezando una oración que nadie entendió.

—¿Terminó los credos? **Agora** diga conmigo: lastimaron mi alma, **bergüenza,** Señor. Gracias que me **dites, bergüenza,** Señor. Dame mi **bergüenza,** toma tu dolor. Me **dites berguenza,** Señor. Amén. **Agora persínese** y descanse. Que le den una tasa de agua de flor de muerto. Ya le pasará el dolor. A tiempo **bine.** Sinó dispensándome la palabra, se jode doña Rosa.

—Sí don Rufino, gracias. Ya **habiya** oído hablar de usté, si parece que me ha **quitau** el dolor con la mano. Me moría, casi me mata el sambo. Don Pascual, dele cincuenta soles a don Rufino. ¡Si no tengo como pagarle!. Si lo que más temía era morirme sin cobrar la cuenta. Pero el Señor es justo.

—¡**Qui** ocurrencia! No me debe nada. Solo me **yebo** la peseta de recuerdo. Y ya sabe, si quiere fregar al del chucaque, estoy a

su **mandau.**

La Palma le obligó a que aceptara el dinero y el brujo lo guardó en una sucia talega que le colgaba del pescuezo, mientras la capitana ya sonriente, decía:

—Gracias, gracias don Rufino, **dese** trabajo me ocuparé yo, personalmente. Pa que aprendan a respetar a una mujer sola y en Semana Santa.

Volvió la alegría a todos, pero quedó la preocupación por lo que vendría. Le alcanzaron a don Rufino una copa de mayorca, la tomó gustoso y entregó la botella y copa a la Palma.

—Tómese una copa, **liará** bien— le dijo.

—Me **arriaré** dos camaretazos— dijo la capitana.

Después botella y copa pasaron de mano en mano. Tomaron todos.

—**Agora** ustedes se **ban pa** la Encantada y **ayá** me esperan. Salgan después de merendar y por el camino no se metan con **nadies.**

Estas órdenes de la Palma eran inapelables. A las cinco merendaron, ensillaron y después de despedirse, la banda, sin capitana, emprendió el largo viaje.

La Palma se quedó acostada, mirando el techo, callada, con la botella y la copa al alcance de su mano. Quería repetir los tragos y dormir tranquila. Y así, pensando y pensando,avanzaron las sombras de la noche y quedó dormida, mientras los de casa bajo la débil luz del candil, hablaban en voz baja.

El jueves, en el pueblo fueron los oficios en la pequeña iglesia. El viento trajo hasta el rancho la música sagrada. La tarde fue tranquila y llena de tristeza, también la noche pesada de recogimiento, los perros se abstuvieron de ladrar. Todos vivían la Pasión y alguien preguntó como un susurro:

—¿Ya lo habrán entregado a Caifás?

El viernes continuaron las ceremonias del duelo cristiano, pero lo esperado por todos era el sermón de las tres horas, las siete palabras; en la tarde era la completa descripción del drama, sólo las mujeres podían entrar al templo, ya que era tan pequeño y no cabían los miles de forasteros. El púlpito se armó en el atrio, y la multitud de ensombrerados y emponchados, borrachos y sudorosos, llenó la

amplia plaza de armas.

Todos ansiaban escuchar la palabra de Dios. Escuchar al cura Godoy. Cuando al robusto fraile dominico ocupó todo el púlpito, los hombres se descubrieron respetuosos y se persignaron. Y se hizo el silencio para escuchar, para eso habían venido de tan lejos, del otro lado de la cordillera.

Comenzó el sermón, relatando el cura, en palabras sencillas y claras para su auditorio, esa historia de amor y sacrificio divino, que de nada ha servido a esta loca humanidad.

—... Los judíos querían tomar preso a Jesús. Pero, ¿dónde iría después de la cena, en la que se despediría de sus discípulos? Ya conocían a Judas, uno de los apóstoles, hipócrita y malvado, jugador y borracho, que quería sólo dinero y dinero para sus vicios malditos. Lo llamaron y le preguntron: ¿Vos sabeis dónde irá a orar después de la cena, el Rey de los Judíos?

—¿De qué cena me hablais?; preguntó Judas.

—Vos lo sabeis. Con sus discípulos se reunirá esta noche para despedirse, ya que emprenderá una gira por los distritos, a conseguir partidarios y luchar contra el Emperador. ¿Dónde irá después del banquete?

—Os lo diré si me pagais treinta dineros.

—Tomad mal hombre, —dijo el capitán romano y le entregó una bolsa con las treinta monedas de oro que le habían entregado los fariseos.

—Gracias, muchas gracias general —dijo Judas— Jesús irá para orar al Dios, su Padre, al bosque de Getsemaní. Yo os guiaré.

—Así se cometió el crimen más horrendo de la historia de la humanidad. Fue Judas el traidor quien entregó a Jesús; el traidor fue ese maldito Judas.

La multitud, como una fuerte marejada, se inclinó a un lado, a otro, y esa ola de gente, sin poder contener su indignación y su horror, lanzó un furioso grito de protesta. Fue un solo grito que llenó la plaza y retumbó en los campos su eco interminable:

—**¡Qué güena laya, de jijo e'pucta!**

Fue un certero impacto en el corazón de esas gentes. Y fue un triunfo enorme del orador sagrado, que continuó la historia. Con

los ojos llenos de lágrimas llegó a la cena:

—Porque de verdad en verdad os digo, que Jesús que es Dios ya sabía que había sido traicionado y que sería crucificado. Pero El comió el pan y tomó el vino, y dijo con todo el dolor de su corazón: esta será la última vez que esté con vosotros, pues entre vosotros está el que ya me ha traicionado. Después miró a todos con cariño. Los apóstoles lloraban y lloraban, y lloraba Judas también, pero era porque ya había perdido los treinta dineros jugándolos en pinta. Todos fueron a Jesús para besarlo, y Judas también. Y Jesús le dijo:

—Bésame, porque de verdad en verdad os digo, que soy amor y perdón, y a vos también mi perdón te alcanza. Y ese bandido, ese traidor, besó a Jesús con sus labios envenenados. Lo besó queridos hermanos. ¡Besó a Jesús! ¡Judas el traidor!

Y otra vez el grito de condenación de la multitud, retumbó en la plaza, y tembló el pueblo. Fue una sola voz indignada y furiosa. Fue la misma frase de protesta, que rompió el silencio:

—**¡Qué güena laya, de jijo e'pucta!**

Como siempre, en gritos murió la protesta, pero el sermón del cura Godoy fue un triunfo para la fe tambaleante de esas gentes. El alcohol siempre se convierte en lágrimas, por eso todos llorando, esperaron que el sacerdote baje del púlpito para abrazarlo y jurar que continuarían amando a Jesús, y rogarle que tomara una copa con ellos. Al corazón del pueblo llegó la Pasión y la noche fue una borrachera general de arrepentimiento. Se olvidaron las injurias y salió a flote el espiritu deportivo, cuando un serrano gritó:

—¡**In** Santo Domingo, **nadies** hubiera traicionado a Jesús, carajo!

A lo que respondió otro indignado:

—**In** Chalaco dirás, sonso. En **to** pueblo el **añu pasau li robaron** los**clabos quiran di** oro.

Y a la luz de los faroles brillaron los machetes, y las mujeres, serenas, impidieron un viernes santo sangriento. Gracias a ellas los machetes y los espadines se escondieron otra vez bajo los ponchos. Ellas dijeron:

—**Nu puidin piliar, il Señor istá muirto, díjinlo pa** mañana.

Y la paz se hizo entre los cristianos.

El sábado amaneció tranquilo, sólo cantaban los gallos con los ojos cerrados ante un sol deslumbrante. Bajo un cielo de azul purísimo, el pueblo esperó que dieran las diez de la mañana. Fue cuando las campanas repicaron locas y tronaron guerreras las camaretas. Los niños se sintieron libres y salieron a las calles a robar biscochos y alfeñiques, en su alegría y su inocencia aprovechaban el júbilo de los mayores. Las calles se llenaron de gente y se abrieron las cantinas. Se olvidó la traición de Judas y el Redentor continuó clavado.

Fue después de las cinco, después de la merienda con pavo horneado, pastel de fuente y arvejas verdes, en casa de Estanislao Juárez; que la Palma llegó montada en su bayo. Llegó arreando una vaca mora, que avanzaba pesadamente:

—¡Baaacaaa! ¡baaacaaa!— gritaba con voz ronca. Se detuvo frente a la puerta de la pulpería donde se amontonó la gente. Juárez salió a la puerta averiguando qué pasaba. La Palma mostrando su mejor sonrisa se dirigió a él:

—Don Juárez, le vendo esta **baca.** De balde se la dejo. Cuarenta soles. Así olvido la molestia que me dio el miércoles. Si **semos** del **mesmo** oficio, no debemos estar **peliando.**

Juárez se hizo el que no oyó. Bajó los cinco peldaños y se acercó a la vaca, miró al animal y después a la Palma, con cara de pocos amigos. La gente, y el cura entre ella, estaban seguros de que la bandolera regresaba a buscar pelea.

—¡Oiga india bandida!— gritó Juárez— **¿Sestá** burlando de mí?; la baca es de mi propiedad, **haytá** el **jierro.** Una "E" y una "Jota". ¡A mí no me roba! ¡Deje al animal y mándese cambiar, antes que la tome presa!

—Sí, sí — respondió la Palma —tome el cabresto. Aquí cerca **leché laso** y me dije: sela **yebo** al patroncito, tan **brabito, tan balientito, pa que no güelba** a decirme bandida, **niá** botarme de su tienda. Tome el cabresto, **cabayero**... agárrelo.

Juárez avanzó callado, con gesto amenazador. Se sentía seguro, por ser Gobernador y estar rodeado de tanta gente. Y sobre todo por la presencia del Señor Cura. Estaba libre de toda agresión. Pero ignoraba que era su día.

—Tómela, mi blanco, mi niño— seguía diciendo la Palma con

sorna. Con la soga en la mano —Tómala serrano sucio, ladrón. Te **bas** solo al infierno y dejarás la **baca** en la tierra.

Rápida como un relámpago, sacó la carabina de bajo del poncho, y disparó sobre Juárez a boca de jarro, destrozándole la cabeza. El tendero cayó junto al animal. La bandolera miró fijamente a los vecinos aterrados, escupió con asco hacia la gente y gritó:

—¡Padre, **ay** le dejo eso, que felizmente no resucitará como el Señor!

Ya estaba oscureciendo y por las calles del pueblo, tronaron en las piedras los casos del caballo en loca carrera. Después, se perdió entre los árboles que bordeaban el camino. Nadie la perseguía, pero ella deseaba estar lejos de ese muerto, el más feo de todos los que había mandado al otro mundo. Nadie la perseguía, ya que el pueblo celebraba el sábado de Gloria y este era un número extraordinario que no figuraba en el programa.

Un buen rodeo dio la capitana para llegar el miércoles temprano a la Encantada. Cuando entró por la única calle de chozas de este pueblo de bandoleros, soltó las riendas del caballo y paso a paso, con el sombrero en la mano, como rezando, sin mirar a nadie de las gentes que estaban en las puertas viéndola pasar, esperó que el caballo solo se detuviera en la casa que ya conocía. Así fue, y la Ruidíaz salió para abrazarla, mientras su hijo sostenía el caballo y su sobrino bajaba las alforjas. Don Pascual, callado y pucho al colmillo, miró y esperó que las mujeres callaran.

—Comadre— dijo la tenienta —aquí estamos sin poder dormir, por **usté.** ¿Se cobró la deuda? Nos tiene intranquilos.

—Ya comadre— respondió la capitana, despacio, cansada —maté a **Estanislau Juárez. Nomás le metí un balaso en la cabesa.** ¡Qué Dios me lo perdone! Pero era su día.

—Pero, ¿qué lo mató el viernes santo? **¡Pa** llegar aquí tan pronto!

—¡No, comadre!. ¿Cómo se le ocurre? ¿Cómo **boy** a matar a un cristiano el viernes santo? Lo que pasa es que **bine por el desploblau,** cortando camino. Lo maté el sábado, después de que repicaron gloria. **¡Ni que juera hereje!**

"SE FUE CON SUS CASCABELES"

RIO de monte a monte, con su rugiente correntada que arrastraba al desbordarse todo lo que encontraba en sus márgenes. El fuerte oleaje infundía miedo a los mejores nadadores, y el rugido de los millones de litros de agua que pasaban veloces a remojar los desiertos sedientos, se escuchaba amenazante en toda la ciudad. En las noches, el rugido del río se mezclaba con los llantos de las gentes pobres a cuyas chozas entraban las aguas como serpientes de espuma. Fugaces pasaban grandes troncos de algarrobos y sauces, y no era raro ver flotando una casa completa, sobre la cual cantaba triunfante un gallo acompañado de alegres gallinas que indiferentes al desastre, picoteaban el techo humedecido o miraban el paisaje que con vertiginosa rapidez pasaba ante ellas.

Temblaba el viejo puente ornamental, y en sus castillos, bajo las arcadas, hombres armados de largas pértigas, separaban los troncos que se detenían en la férrea armazón. Las aguas tenían que

pasar sin resistencia, para que no peligrara la estabilidad del puente, orgullo de la ciudad a la que hacía muchos años acompañaba.

En el primer castillo estaban los muchachos del barrio de "Los Angeles". Habían cruzado la distancia, siempre peligrosa, de la orilla al muro de ladrillos, y ahora contemplaban inquietos el segundo castillo, donde se estrellaban las olas con más fuerza y los remolinos amenazadores atraían y desafiaban a los pequeños nadadores.

Bañarse en el primer castillo, era un juego de niños. El segundo era para hombres, y el ser hombres no era cuestión de edad sino de guapeza, de barrio y escuela. En el primer castillo sólo se bañaban los alumnos del cura Castro, apodados los "Catetos". En el segundo los del "Ignacio Sánchez"; y los mangaches del "Felipe Alméstar", en "La Peñita" de "la Tina", donde no había en qué agarrarse y el río era más profundo.

Fue desde el primer castillo que, cuando los muchachos contemplaban los troncos que arrastraban las aguas turbias, sin avisar a nadie, se arrojó "Chumeta", y cortando las enfurecidas olas, comenzó a nadar hacia el segundo. Los de su tira quedaron sorprendidos, no esperaban tanta valentía de ese moreno tan tranquilo, admirable tambor del cuarteto de músicos que tocaba "La Danza de los Diablicos", en las tres procesiones de Nuestra Señora del Carmen con que celebraba la ciudad a su patrona. Asustados comenzaron a gritar: —¡Despacio! ¡No te canses! ¡Dale! ¡Dale! ¡Ya llegas!

"Chumeta" nadaba, nadaba, luchando contra el oleaje y las correntadas. Sacaba un brazo arqueado que llevaba hacia atrás con elegancia; para darse una palmada en la nalga y luego lo dirigía hacia adelante con la mano acucharada para darse impulso y avanzar. Así nadaba y nadaba, y llegó al muro. Fue cuando quiso agarrarse, que se resbaló la mano y se hundió en el profundo pozo que la corriente había cavado alrededor del castillo. Salió, dio otro manotón desesperado, y se volvió a hundir. ¡Se ahogaba!.. ¡Se ahogaba!.. Se vieron dos manos chapaleando el agua, y después nada... nada.

El alegre baño podía terminar en tragedia. Qué dirían en el barrio, en la escuela, si se ahogaba uno de los muchachos, rodeado de tantos amigos. Fue por estas razones, que "Saca la Plata" saltó al río. El pequeño trompero, que no tenía miedo a nadie, saltó como una lisa y braceó con admirable rapidez. Ante los muchachos asustados, su

cuerpo se retorcía como un pez fugitivo, y en un segundo llegó donde se había hundido "Chumeta".

Se llenó de aire los pulmones y se zambulló. Después de segundos largos, largos como horas de angustia, apareció cargando el cuerpo ya laxo de su amigo y vecino, al que el remolino había pegado al muro. Los hombres encargados de desviar los troncos, habían abandonado las pértigas y se hicieron cargo de "Chumeta". Lo pusieron boca abajo, le palmearon fuertemente la espalda, le movieron los brazos como aspas, le presionaron el vientre dilatado, hasta que comenzó a botar el agua, a respirar débilmente y a palpitar normal el corazón. Movió los ojos, respiró profundamente el aire fresco, miró a "Saca la Plata", a los hombres que lo rodeaban, al cielo celeste y a las aguas barrosas. En su mirada se reflejaba el terror a la muerte que había sentido tan cerca, y de cuyo abrazo había escapado tan adolorido.

—Casi, casi me friego— dijo débilmente —que no sepa mi **mama**, me pegaría una latigueada.

Después, como ya no podía regresar al primer castillo, subieron por la férrea armazón, calatos como estaban, sin importarles la mirada de la gente. Arriba esperaban ya los amigos con la ropa. Pálidos, abrazaron al salvado y al salvador. Se vistieron en silencio y todo el grupo regresó a su barrio, haciendo bulliciosos comentarios y comunicando lo ocurrido a todos los conocidos que encontraban a su paso.

"Chumeta" ¡sibahogando! ¡Lo sacó "Saca la Plata"!

A "Chumeta" lo acompañaron hasta cerca de su casa, a una cuadra, para que la madre no se enterara de lo ocurrido. Pero de pronto se escucharon en la calle los gritos de doña Mariquita.

—¡Qué te ha **pasau**!, ¡pareces un muerto! ¡**tian pegau!**

—No mamita.

Una vecina llegó corriendo a dar la noticia. En el barrio nada podía quedar oculto, todos participaban de las tristezas como de las alegrías. Este susto correspondía a todas las madres. Pudo haber sido cualquiera de sus hijos: "Budín", "Chapitas", "Puchumea", "Chivato", "Chamizas" o "Chigualito".

—**¡Ya ben!**— gritaban las mujeres por dejar que los muchachos se bañen en el río **cresidisísisimo**! ¡De monte a monte!

Una vecina gritó:

—¡Doña Mariquita! ¡Casi **sioga suijo**! ¡En el río que está **cresidisísisimo**!

—¡Ah Dios mío!, ¡siempre le digo a este belitre que si **sioga** lo mato a palos! ¡y **nomioye**!

Sobre el muchacho, que temblaba, cayeron fuertes manotones de la madre que comenzó a llorar. Casi corriendo llegó el padre, al que habían enterado los amigos. En su casa aparentó tranquilidad. Quería al hijo que era su orgullo, que continuaría la tradición musical de la familia, que era el mejor tambor, y sería como él, mejor clarinete de la ciudad. Nadie como él redobabla la "Danza de los Diablicos".

Temblaba Taboada sólo al pensar que pudo perderlo. —¡Qué **güena laya de badulaque**!— dijo sereno. —Merienda y acuéstate temprano. Mariquita, saúmale las ropas con yerba del susto, no se **baya** a enfermar. No lo riñas. ¿Quién te sacó?— Me sacó "Saca la Plata".

—Buen amigo. Convídalo palmorzar. Mariquita matas la choqueca. Le haremos un regalito. ¡Qué buen muchacho!

"Saca la Plata", el trompero del barrio, era delgado y pequeño, pero grande por sus acciones. Con vivaces ojos de mirada penetrante, hablaba como un hombre y rara vez reía. Parecía el mayor del grupo por lo acertado en sus opiniones por la seriedad que mostraba en todos sus actos. Nunca le faltaba el dinero. Cuando se trataba de comprar biscochos de Ordinola, gofios de las Peladas o mazamorra de las Matiajos. "Saca la Plata" metía la mano al bolsillo y sacaba dinero, como si fuera un prestidigitador. Por eso el apodo.

Al día siguiente, a las once de la mañana, llegó el muchacho con ropa limpia, y tranquilo como siempre. Ya lo esperaban y lo abrazaron el padre y la madre del salvado de las aguas.

—¿Cómo lo **sacates**?

—El se **abentó** de cabeza para nadar al segundo **castío**, después salió dos veces y no se pudo agarrar, dos veces se resbaló. Como no salía, me **abenté**. Lo encontré **pegau** al muro, **luagarré y lo subí pa arriba**.

—Quiero a ese río donde me bañaba todo el día siendo muchacho como ustedes y ahora viejo me baño en la madrugada. Ahora también te voy a querer a ti por salvar a mi hijo.

"Saca la Plata" almorzó con el apetito de siempre y sentado junto a "Chumeta". Los dos estudiaban en el "Ignacio Sánchez", los dos conocían esa palmeta que dejaba dormidas las manos como si mil hormiguitas se pasearan en las palmas. Esa palmeta que por influencias desconocidas, influía para que se estudiara más y para estimar más al maestro. El muchacho se sentía orgulloso de estar en la mesa entre los dos músicos que tocarían la "Danza de los Diablicos" en las tres fiestas del Carmen ya tan próximas.

—Mi mamá— dijo —me sacará de diablico este año. La Virgen me curó la tifoidea.

—Qué bueno— dijo el padre de "Chumeta" —Te regalaremos la máscara y los cascabeles, y unas plumas para el sombrero. ¿Sabes? Estás chico para diablico, la máscara es muy pesada. Mejor sales de **gurrufau**, bailas y corres a latigazos a los muchachos para que puedan bailar los diablicos. ¿Qué te parece?

—Güeno— contestó el muchacho —le diré a mi **mamita.**

—Oye— le dijo el músico — te **bamos** a pedir un favor. Para que tu amigo no se enferme de susto, es **güeno** ponerle en el pecho, todas las noches, arena del sitio donde se fue ahogando, pero que la arena la saque el que lo **salbó**. Ya el río bajó bastante, **nuay** riesgo en sacar la arena. ¿Puedes traerla?

—¡Claro!— contestó "Saca la Plata", contento de poder ser útil.

—Mañana le traigo la arena. No quiero que "Chumeta" se enferme. Tiene que redoblar cuando yo baile.

Todos rieron. El muchacho se despidió contento y Taboada disimuladamente, le puso en la mano un sol de plata. Era un montón de dinero. Corriendo llegó a su casa y entregó a la madre la moneda. Ella le dio en cambio una peseta. Contó lo ocurrido en el almuerzo, pero nada dijo de la misión encomendada. Pidió a su madre que le hiciera vestido de **gurrufáu**, ya que Taboada le había ofrecido regalar la máscara y los cascabeles, y también acompañarlo a su casa cuando la procesión entrara tarde a la iglesia. La madre quedó contenta.

Al siguiente día comenzaron las novenas; todo bullicio, colorido y cánticos. Al concluir los rezos, los músicos arrancaban con "Sobre las olas" para despedir a las devotas y quedaban cuatro músicos que tocaban "La Danza de los Diablicos" desfilando por las calles,

siguiendo a cientos de muchachos que ensayaban los difíciles pasos de la danza. No todos saldrían en la comparsa, pero por entusiasmo o contagio todos bailaban pañuelo en mano. "Budín" que todos los años era el Angel y "Chepecera" el Capataz de los Diablos, al que pegaba con la espada en el hocico. Este se irritaba cuando veía extraños danzando. En el ensayo de ese día el Angel gritó:

—¡Oye cojudo! Y tu **paqué** te metes si no bas a salir. Sal o te saco a patadas.

—¡Caya, ángel de mierda!— contestó "Saca la Plata", despectivamente —yo voy a salir de gurrufau.

—¡Ah, **sies así, güeno**— aceptó el Angel bailando espada en mano.

El muchacho que admiraba a "Chumeta", no le quitaba el ojo cuando éste tocaba el redoblante, con ese redoble sin término, ininterrumpido, que era uno sólo y tan rápido que no se le veían las manos, ni los palillos, mientras se escuchaban las estridentes notas del cornetín y del clarinete, en una especie de diabólica charla marcada por los golpes del bombo, serio y gordo de Calderón, tarán... tan... tan... tarán... tan... tan.

Ya faltaban tres días para los tres de fiesta del Carmen de Arriba, el Carmen Mangache. Ya estaba la blusa azul con adornos amarillos, y el ancho pantalón colorado, y el sombrero a la pedrada, forrado de verde, con un espejo y plumas de varios colores. El espejo reflejando la luz del sol y todo con lentejuelas, y los cascabeles para los tobillos y para las muñecas. Convirtiendo cada movimiento suyo en alegre cascabeleo todo se transformaría en danza. ¿Y el látigo? Ya pegaría a los muchachos, y éstos sin conocerlo, dirían.

—¿Quién será este gurrufau? ¡Qué bien jodido!

Y nadie intentaría pegarle, ya que el gurrufau pega, pero goza de inmunidad por bailar para la Virgen.

Fue una tarde, cuando soplaba un viento frío bajo el puente rizando las aguas verdes del río ya tranquilo, que estaba bajando lentamente, calmando el oleaje y su furioso embate. "Saca la Plata" llegó a la playa y se desnudó. Silbando avanzó y se arrojó al río dando el salto de lisa. Pegó un largo resuello y salió lejos, después, braceando con elegancia, alcanzó el primer castillo. Subió y descansó un poco. Ya no habían bañistas, eran las cinco de la tarde y los

había corrido el viento frío. Tomó aliento para nadar al segundo castillo. Sólo podían verlo unas pocas mujeres que lavaban en la playa. Otra vez se arrojó en las aguas y nadó hasta el otro muro. Sereno, no se cansó. Subió y se sentó en el muro.

—Aquí fue donde casi se ahoga "Chumeta"— pensó —aquí justamente debo zambullirme, hasta el fondo, y sacar los puñados de arena. Un puñado, y otro puñado. El agua hará que se me escape de las manos, pero volveré a zambullirme, para sacar bastante.

Se puso de pie, juntó los pies y las manos como para rezar. Respiró hondo, y se arrojó de cabeza como una flecha. La corriente había cavado un profundo pozo junto a la pared de ladrillos y cal. Pocas personas vieron a "Saca la Plata" zambullirse, pero nadie lo vio salir. El viento era frío y el agua estaba helada. Calambre o dolor, algo lo atacó traidoramente en la profundidad y le llenó de agua los pulmones, y bajo un remolino dejó la vida. Esa noche el bravo muchacho no regresó a su casa, se quedó dormido entre el frío oleaje del río.

Encontraron sus ropas en la playa, y con las ropas, dolor y desconsuelo llegaron al pobre hogar donde él era la única alegría. No lo encontraron ese día fatal. Fue la siguiente noche en que una lapa con una pequeña vela encendida, era arrastrada por la corriente del río. El padre y la madre, miraban cómo la lapa giraba en un remolino y después continuaba la búsqueda, impulsada por la corriente. Dos nadadores la seguían, nadando despacio, iban río abajo. La lapa se detuvo en un chope donde se unía un cerco con un carrizal. Daba vueltas y vueltas en el mismo punto, y una luna blanca y triste alumbraba la escena.

—¡**Ayestá**! ¡**ayestá**!— gritaron los nadadores, que juntos se sumergieron bajo la lapa.

Salieron a respirar y volvieron a sumergirse. Después aparecieron las cabezas y los dos gritaron:

—¡**Aquistá**! ¡**aquistá**!

Se juntaron y desaparecieron en las aguas turbias, los alumbraba la luna y un farol, más triste que la luna, sostenido por el padre de pie al borde del río que arrepentido, le besaba los pies. Los hombres de cuerpos brillantes salieron con el niño en brazos. Y el silencio de la noche fue roto por el llanto desesperado y sin consuelo de

la madre que abrazó al hijo sin vida, tendido en la arena mojada de la playa.

El dolor alcanzó al barrio todo. Cuando llegó la fiesta, el tambor no sonó igual. Faltaba el gurrufau amigo, el que no encontró quien lo salvara. El gurrufau que había ensayado mil piruetas para llamar la atención de la Virgen que él pensó lo miraría sonriente. Sobre la cama de "Saca la Plata" quedó tendido el alegre vestido de colores, con lágrimas de la madre, brillantes como lentejuelas.

Al sepultar al niño, también sepultaron la alegría de la casa. La madre quiso que al hijo lo enterraran con sus cascabeles, los que dentro del ataúd, delante del cortejo fúnebre, tintineaban alegremente, como si "Saca la Plata" fuera danzando ante la muerte.



"LOS PAJAROS"

EL gringo había caído atravesado en la cama cuando se abotonaba el chaleco. Seguramente pensó salir corriendo en busca de auxilio. Angina péctoris le hizo estallar el corazón, sin darle tiempo para lanzar un grito.

Los hijos, dos hombres y dos mujeres; miraban indiferentes el cádaver del padre, no sabiendo qué actitud tomar. No sabían reír y nunca habían llorado. No eran malos, pero tampoco eran buenos. Carecían de sentimientos. Ningún momento feliz les causó alegría. Ningún acontecimiento fatal les causo pesar. Murió la madre y los dejó pequeños. Hoy moría el padre, y pequeños quedaban a pesar de los años transcurridos.

Los tres menores, pegados unos a otros, como para protegerse de algo desconocido, preguntaron:

— ¿Tendremos que llorar?

Lolo, el mayor, contestó:

— Sí, pero cuando llegue gente. Se divertirán cuando vean a los niños que sufren y que necesitan consuelo, el que les negarán.

Algo como satisfacción se dibujó en sus caras. Burlarse de esa gente, haciéndola creer que sufrían. Además, siempre habían deseado ser libres, no tener que obedecer a nadie.

Con la hacienda quedaban ricos. Tenían para vivir bien, como ellos lo deseaban, pero querían mandar, ser patrones para patear a los indios y ser amos temidos para disfrutar de todas las indias. Ya eran libres para esclavizar a otros.

Como era domingo, a las seis de la mañana reinaba el silencio en el campo. Cantaban los pájaros, pero no relinchaban las bestias ni se oía el traqueteo del tractor. Sirvientes y perros dormían seguros de que nadie los necesitaba. Fue el ama de llaves y amante del patrón la que dio la voz de alarma:

—¡Niños! ¡Niños! ¡Levántense!, ¡el señor ha muerto!

Los primeros gritos no los comprendieron, pero después saltaron de la cama. ¡El señor ha muerto! ¿Será verdad? Rápido se pusieron las batas y corrieron al cuarto de papá, preguntándose:

—¿Cómo estará muerto? ¿Y si me da risa al verlo? Sin poder hablar, el que tanto hablaba. Sin poder mirar a las sirvientas, él que se las comía con los ojos.

Al salir del dormitorio respiraron el aire fresco de la mañana y los perfumes del pequeño jardín de la casa. Entraron al dormitorio del padre y se detuvieron a contemplarlo, tendido tal como había caído, habían terminado sus inútiles afanes de hacer dinero. Siempre fracasos; sino era la sequía, eran las plagas. Hoy estaba muerto y junto a él los hijos con deseos de gritar:

—¡Papá ha muerto! ¡ra!, ¡ra!, ¡ra!

Los pequeños monstruos siempre habían visto en el padre a un fracasado y habían vivido siempre envidiando a los hijos de otros padres. El padre les había dado todo lo que necesitaban, pero les parecía que otros tenían más.

—¿Lloramos?, preguntó una de las niñas.

—Todavía no. Cuando venga gente. Si ahora haces ruido, puede despertar papá y entonces no lo entierran, —dijo la otra hermana.

Caminando en punta de pies se fueron a vestir. Regresaron frenando sus impulsos de alegría. Comenzó a llegar toda la gente de la hacienda para rezar al difunto y dar el pésame a los niños,

pero les impidieron entrar. ¿Y si despertaba? Las niñas regresaron a su rincón ya peinadas y con lazo negro, continuando su inocente conversación.

—Sí, tienes razón. Puede estar dormido solamente.

—No— dijo la mayor —tiene los ojos abiertos, pero no ve. No respira. He oído decir que a los muertos les cierran los ojos y con un pañuelo amarrado evitan que se les caigan las quijadas.

—No lo hagan ustedes, dejen que lo haga Cristina— dijo Lolo.

Toto tenía los ojos puestos en la cadena de oro que atravesaba el chaleco de bolsillo a bolsillo. Siempre la había deseado. Se fue acercando con disimulo, para acomodar al muerto. Se dirigió a sus hermanos:

—Le pondré la cabeza en la almohada, lo dejaré derecho en la cama.

—Si puedes, hazlo. Yo no ayudo —respondió Lolo que ignoraba las intenciones del hermano.

Con grandes esfuerzos, Toto cogió la cabeza del muerto y la puso sobre la almohada. Después agarró los pies y los puso sobre la cama, enderezado poco a poco, el cuerpo cuya rigidez aún no había comenzado. Al mismo tiempo fue sacando la cadena de oro y el reloj, que pasaron a ocultarse debajo de su camisa. Terminó sacándole los zapatos. Ninguno percibió el traslado rápido de las prendas. El muerto ya tenía la correcta postura que corresponde a un cadáver, pues también le cruzaron las manos sobre el pecho. Después, los cuatro miraron al padre que tenía la cara blanca amarillenta, la nariz perfilada, los labios entreabiertos, como rezando. Una mosca grandaza entró zumbando y se posó en la nariz del muerto, para con tierno instinto maternal, poner sus huevecitos. Ya sus vástagos, tendrían asegurado, por mucho tiempo, la alimentación que les negaba el padre. En eso llegó Cristina:

—Que bien, que bien hecho. ¿Quién lo hizo? —miró a todos.

—Yo— dijo Toto.

—Muy bien, pero te agarraste el reloj y la cadena. Es bueno que se sepa. Ahora le cerraré los ojos, mejor que no los vea.

Lo hizo y salió mirando a los cuatro pájaros, con un gesto de repugnancia. Así les decían en el pueblo: "Los Pájaros". No tenían

mentón y la frente con la barba eran dos líneas rectas que formaban un ángulo cuyo vértice era la punta de la nariz, como un pico. Los ojos sanguinolentos, sin pestañas. Parecían efectivamente eso, lo que les decían, unos pájaros, pero feos y monstruosos pájaros. El mayor tenía un ojo blanco, el cual sabía aprovechar para darse un aire elegante de distinción. Suspendía la ceja, abría el ojo todo lo que podía, y casi cerraba el bueno. Así parecía un caballero con monóculo, y ante el espejo se encontraba elegante, con distinguida cara de imbécil.

Comenzó a entrar la gente de la hacienda. Primero miraban al muerto y después estrechaban las manos de los niños.

—Sintiéndolo mucho, niño.

Ningún indio dijo: "nos lleva la delantera", o "ya nos encontraremos en la otra". Sintieron el temor de encontrarse con ese patrón en el otro mundo.

Cristina llamó por teléfono a la ciudad cercana. Habló con el médico, con la funeraria y con los parientes, para comunicarles tan feliz desgracia.

—Lolo —dijo— busca dinero para pagar el entierro. Y no escondas nada.

Los muchachos se callaron. Le preparaban una trastada. Las muchachas también pensaban vengarse de esa mujer que no les había hecho daño, pero que ya madura era hermosa, si se comparaba con ellas. Las llaves de la caja de fierro las tenía el difunto en uno de los bolsillos del pantalón. Lolo introdujo la mano suavemente, como acostumbraba, y extrajo el manojo. Fue a la caja y la abrió. Poco dinero había pero sí lo necesario para pagar los gastos. Siempre se paga por venir por gusto ajeno y pagamos cuando nos vamos sin nuestro gusto.

—¡Aquí está la plata! —gritó Lolo, y se guardó en el bolsillo un billete de quinientos.

—¡Quiero mi parte!, ¡quiero mi parte! —gritó la menor— ¡yo no pago entierro!, ¡soy muy chiquita!.

—¡Calla tonta! —dijo Lolo— Todavía no podemos repartirnos la herencia, tenemos que pagar los gastos.

Llegaron varios automóviles con parientes y amigos. Entró el de la funeraria, sacó y desdobló un metro de madera y midió

cuidadosamente al difunto como para confeccionarle el último terno. Cristina estaba en todas partes.

—Carroza de primera— dijo al de la funeraria —ataúd de lujo con zinc, acolchado de seda y tapa de cristal. Cargadores negros altos con traje de etiqueta. Cuatro coronas, una de cada niño. También, pero aparte para pagar por separado, una corona mía y otra del mayordomo. Otra de los empleados. Nicho perpetuo en buen cuartel, y que no quede abajo, siquiera ahora muerto debe estar arriba.

Los muchachos callados, la miraban con odio. Ya dejaría de mandar, cuando él, el padre, se fuera del todo. Todavía estaba en casa el marido muerto de Cristina. Además, la necesitaban.

Los cuatro pájaros se acercaron a los parientes para atenderlos. Sabían que no los estimaban, pero les informaron minuciosamente de la enfermedad y de la muerte del padre. Cómo pasó el día anterior y cómo lo encontraron. También hablaron de sus proyectos para el futuro, para que se dieran cuenta de que no eran sonsos.

Los parientes se reían para adentro. Pensaban que eran iguales al padre, siempre con proyectos que nunca se hicieron realidad. Nunca llegaron los millones que esperaba y por lo cual descuidaba lo que tenía.

—¿Cuándo botamos a la Cristina y al mayordomo? —preguntó Toto a su hermano Lolo.

—Cuando regresemos del entierro contestó en voz baja el interpelado.

Se sirvió un frugal almuerzo. Varios comieron de pie en el corredor de la casa hacienda. Se contaron chistes colorados y algunas anécdotas picantes del difunto, tan cholero. Sólo el campo parecía que lo había sentido, por su ambiente de tristeza en el silencio y en la quietud del viento que no movía ni las hojas.

Cristina se había puesto un vestido negro de seda, sin mangas, luciendo así los blancos y gordos brazos. El mayordomo sudaba la gota gorda enfundado en su terno de casimir negro, que verde lo puso el sol implacablemente ardiente. A las chicas les improvisaron trajes de luto, a los muchachos les amarraron en el cuello unas michis negras.

A las cuatro entraron cuatro negros vestidos del mismo color,

cargaron el ataúd y lo colocaron en la carroza. Colgaron las coronas en un automóvil y partieron los carros con el acompañamiento por el polvoriento camino a la ciudad.

Dos empleados de la funeraria quedaron para quitar los trapos de la capilla ardiente, negros con lágrimas de plata. Guardaron la cruz, velas y candelabros. La sala quedó como antes, sólo con un olor que no era perfume de flores. Parece que las flores no huelen igual para los muertos.

Una vieja sirvienta, llevó a las niñas a su cuarto. Las mujeres en el corredor quedaron comentando. Se lamentaban por los vivos.

—¡Al fin se murió ese loco!, pobre Cristina, felizmente está entera. ¡Dicen que los muchachos son defectuosos! ¡Las niñas son rematadas! Felizmente les queda esto que si lo manejan bien los librará de la miseria.

Las dos niñas lloraban a gritos. Les habían dicho que lloraran cuándo saliera el ataúd, pero no les dijeron cuando tenían que callar. Después de las seis de la tarde regresaron los carros con algunos acompañantes. Lolo había notado que Cristina y el mayordomo no habían ido al cementerio. Bajó de un automóvil y con la cabeza tirada hacia atrás, el ojo blanco bien abierto y la ceja respectiva bien arqueada, marchando al paso de ganzo, sintiéndose el nuevo amo, entró a la sala y gritó:

—¡Llamen a Cristina y a don Abelardo!, ¡que vengan!

A los pocos minutos la criada se acercó a Lolo y le entregó un sobre cerrado.

—Patrón, la señorita Cristina se fue. Encargó que le entregara esta carta.

Lolo rasgó el sobre y leyó el papel: "Me voy. No trabajo con monstruos. Les regalo lo que me deben y que a ustedes se los lleve el diablo. Cristina". Dobló la carta y con el rostro impasible, se la guardó en el bolsillo. Mientras tanto, se acercó un peón:

—Patrón, don Abelardo dijo que le entregara esta carta en manos propias. Se fue dejando desocupado su cuarto.

Lolo tuvo que leer la carta del viejo mayordomo, que más por costumbre, había acompañado varios años al difunto padre, quien se había acostumbrado a no pegarle.

—"Don Lolo: muerto el patrón, nada tengo qué hacer en la hacienda. Les tengo lástima, pues siempre los he considerado unos malvados, pero les deseo suerte. El patrón me debía quince sueldos. Perdono la deuda. Adiós. Dioses"

Toto y sus hermanas se acercaron a Lolo. Toto preguntó:

—¡A qué hora botamos a Cristina y al mayordomo?

—Nos fregaron —contestó Lolo con desaliento —yo quería gritarles ante la gente: ¡Fuera de aquí, carajo! Pero ya se fueron, la adivinaron—.

—¿No podemos demandarlos por robo?

—No papá les debía muchos sueldos. Estaban impagos y ellos se han ido perdonando la deuda. Nos tienen miedo. Saben que somos de la sociedad y tenemos influencias.

Acompañantes y parientes se fueron. Se hizo de noche. Como Toto y las niñas tenían miedo, una tía se los llevó a dormir a su casa en la ciudad. Lolo quedó para cuidar la hacienda, pero no pudo dormir, con una idea fija clavada en la cabeza. Amaneció y temprano montó y salió a recorrer el campo. A ese paseo mañanero se reduce el trabajo agobiante de los hacendados. Fue lejos, subió a una loma que dominaba los rozos, ya verdes y con sus blancas motas de algodón. Grande era la extensión, la vista no alcanzaba los límites, pero estaba bien para uno, para cuatro se reducirían las ganancias, ya era poco. Y un solo dueño... un solo dueño... un solo dueño... era el repiqueteo de su ambición dentro del cráneo.

Regresó a casa y se detuvo frente a ella. Miró las paredes, de las que había desprendido el tiempo y las lluvias, grandes trozos de barro, dejando ver la leña seca y la caña brava, todo picado por el comején y el tiempo. Los techos de paja, sin torta de barro, barrida por los constantes aguaceros. Eran las habitaciones de sus hermanos, que estaban contra el viento. Hacia esas puertas, con cerrojo por fuera y trancas por dentro, soplaba y soplaba el aire caliente de la tarde y el fresco de la noche. Y ese viento arrojó el anzuelo con la bien estudiada carnaza:

—Ahora estamos solos —les dijo— no debemos tener miedo de nada. No tenemos por qué pedir favores a nadie y menos a mi tía. Deben dormir en su hacienda, aquí son los dueños y amos.

—Esta noche dormiremos aquí —contestaron.

Y fue esa noche, después de las doce, cuando una enorme llamarada comenzó a salir por el techo de los dormitorios de los niños. Se iluminó el campo y se escuchó el chasquido de las llamas como latigazos al viento. Y el ruido de las paredes al caerse, después que se vio caer el techo como buscando refugio en ellas los peones no pudieron abrir las puertas, los cerrojos estaban con candado y por dentro las aseguraban gruesas trancas. Sintieron algo como gritos desesperados y largos aullidos de perros. No había agua, el río estaba lejos. Todo ardió como un infierno de pajas y leña seca que volaba como pájaros de fuego. Los peones que acudieron sólo pudieron echar tierra y tierra en loca lucha contra las llamas y el viento. Cuando amaneció, el fuego había consumido el ala izquierda de la casa. Y Lolo no había aparecido. Y ya eran las seis de la mañana y los gallos no habían cantado.

Al fin llegó corriendo desesperado, hundiéndose en la arena y cuando miró las ruinas se puso a gritar:

—¡Mis hermanos!, ¡mis hermanitos! ¿Sacaron a mis hermanitos? ¿Dónde están? Los tres me dijeron que dormirían aquí.

A él se acercó el viejo sirviente de la casa, le habló sin mirarlo, mirando sólo los tres perros carbonizados, retorcidos, que mostraban sus blancas dentaduras en una risa macabra y sin fin, como burlándose de Lolo, mirándolo con sus cuencas negras.

—No se pudo apagar, patrón. El río está tan lejos y el viento era fuerte. Sólo aventamos tierra pero el viento era endiablado y el fuego un infierno. De la que se libró usté, patrón. ¿Qué ya no duerme en el cuarto con su hermano?

—¿Yo? Hace tiempo que duermo donde la cocinera, con la Lindolfa. ¿Te importa?

—No patrón, usté es el patrón. Casi, pero casi, casi queda solo. Pero pobres los niños, el ánima de su padre los salvó. ¡De la que se libraron!

Lolo no podía entender, o no quería entender. Le parecía que el viejo y los perros estaban riendo de él.

—¿Qué no se quemaron mis hermanos? ¿No estaban en sus cuartos?

—No niño, se jueron escondidos. Me pidieron que los acompañara hasta el pueblo. Por esa oscuridad.

Lolo no pudo resistir más. Avanzó tambaleando hacia el corredor y se derrumbó en un sillón. Y comenzó su locura. Cuando llegó un automóvil, del que bajaron Toto y sus hermanas, pegados unos a otros, miraron asustados las ruinas de sus cuartos todavía humeantes, y los restos de sus perros que retorcidos se reían.

Lolo arqueó las cejas y abrió más su ojo blanco y comenzó a gritar:

—¡Cristina! Pide carrozas de primera, ataúdes de lujo con zinc y tapa de cristal, acolchados de seda. Cargadores de etiqueta, pero que sean blancos. Tres coronas, una para cada uno de mis hermanos. Otra corona de Cristina y otra de don Abelardo. Tres nichos perpetuos, que no queden abajo.

Toto miró a su hermano sin comprender lo que pasaba, pero cuando creyó entender, resignado se dirigió a sus hermanas:

—Los niños han muerto, creo que los quemó Lolo. Ahora solo quedamos nosotros, los tres perros.

—¿Somos perros? —dijo una de las chicas— qué gracioso. ¡Gua!, ¡guau!

—¡Guau, guau! —ladró la otra riéndose.

Lolo furioso se puso de pie y arqueando la ceja y abriendo más el ojo blanco, gritó:

—¡Fuera!, ¡fuera!, ¡boten a esos perros!.

Dos años después los visité en el manicomio. Lolo ocupaba un cuarto verde. Los otros tres hermanos también eran pensionistas del mismo establecimiento, pero no se veían. Lolo no recordaba a sus hermanos y vivía tranquilo, seguro de que era millonario, multimillonario. Así, toto como sus hermanas estaban seguros que eran perros. Enrollados dormían en el suelo y la comida en el suelo les era servida. Nunca les faltaba un hueso para entretenerse.

A Lolo lo encontré en su cuarto verde luciendo el falso monóculo del ojo blanco. Con muchas revistas ilustradas y armado de unas enormes tijeras, recortaba vacas y toros, caballos, cabras y carneros, y los pegaba en la pared. Ya tenía muchos miles de cabezas y siempre tenía agua y pastos en abundancia.

—Mira ese Holstein y esa vaca holandesa, premiados con medallas de oro. La carne está con alto precio, no conviene matar para impedir la baja. Nadie debe comer carne, así el producto sube.

—Te felicito, Lolo eres un genio de las finanzas.

—Gracias, gracias.

Un caballo se despegó del muro y cayó al suelo. Lolo corrió desesperado y lo levantó gritando:

—¡Se mató! ¡Uno de mis mejores animales! ¡Tú lo espantastes!

Mientras él atendía al caballo, yo aproveché para salir sin hacer ruido.

El deseo de españolizarse le fue fatal. Quiso dedicarse a la cría de reses bravas, de lidia. Comenzó a recortar toros de las revistas taurinas, y un día lo encontraron tendido en un charco de sangre. Se había resbalado en una cáscara de plátano y al caer se clavó las tijeras en el vientre. Fue después de poner en la pared un hermoso toro de Veraguas, bien armado, con grandes y agudos pitones.

—¡Ese fue!, ¡ese fue! —alcanzó a decir a los enfermeros —no me dio tiempo a correr y me empitonó. Que no lo maten, que quede para semental.

Expiró en la noche. Le cerraron el ojo bueno y fue imposible cerrarle el ojo blanco que le servía de monóculo. Al día siguiente lo sepultaron, y cumpliendo órdenes del médico, Toto y sus hermanos lo acompañaron a la última morada. Los tres pájaros, no hablaron, pero comprendieron que había muerto el dueño de ellos y sus rostros expresaron un gran dolor. En el cementerio, cuando la losa estuvo colocada, los tres comenzaron a aullar. Los tres alargando el pescuezo. Con la cara al cielo, lanzaron largos y tristes aullidos. El médico había esperado una demostración humana de dolor, pero los tres hermanos no regresaron de su mundo.

—¿Por qué aúllan? —les preguntó el médico.

—Es que somos los perros que se salvaron del fuego. Los hermanos de Lolo murieron la noche del incendio. Nosotros somos los perros, los únicos que podemos, aullando, llorar por la muerte de Lolo.

Y los tres, con los ojos cerrados y el pescuezo estirado hacia la luna, continuaron dando largos y lúgubres aullidos.

"DON MILAN: EL CUENTERO"

HABIAN transcurrido varios años sin verse y casi se habían olvidado. Hoy estaban frente a frente, don Milán y don Manongo. Detrás de éste, sus tres hijos que con gran simpatía miraban al tío Milán, que era leyenda viviente en los campos.

Hoy habían sepultado al viejo Lucas, al padre. Sólo este triste acontecimiento obligó a venir al hijo mayor, que se había alejado de la casa, porque el padre pretendió obligarlo a trabajar, tratando de convencerlo que era obligación o deber irrenunciable, atender al cultivo de sus propias tierras. El hijo había alegado:
—No quisiera desobedecerte, tampoco engañarte, pero yo no he nacido para trabajar en esa forma, haciendo de mayoral para obligar a gente harapienta y hambrienta, a sudar incansable, para que usted venda la cosecha y compre más tierra o ponga más dinero en el banco.

Don Lucas quedó espantado, nunca había oído hablar así a su hijo, que ante él casi era mudo. Muy poco entendió de sus palabras, pero pensó: "esa gente está obligada a trabajar en mis haciendas,

porque viven en ellas. Les presto pedazos de mis tierras para que vivan. Nada malo, ni de condenable hago". Al fin, estalló cuando encontró las palabras precisas con las que creyó convencer al renegado:
—¡Insolente! ¡Ofendes a tu padre! —gritó— No has pensado que lo que hago es para bien de ustedes, de mis hijos. Para que más tarde no sean unos pordioseros, ni trabajen para otro. Estas tierras las heredé de mi padre, que las heredó de mi abuelo. Estás obligado a trabajar en ellas para conservarlas. Yo lo mando, como padre.

Don Milán no respondió. ¿Para qué discutir? No lo comprendería el viejo. Bajó la cabeza y salió de la casa.

Al día siguiente no amaneció en la hacienda, no se presentó a la mesa para el desayuno. Un mayoral avisó que tampoco aparecía "Garbosa", la buena mula de paso de don Milán. Manongo notó que en el cuarto, faltaba la alforja, una frazada y varios libros.

Pasaron muchos meses, y un buen día, un arriero lo enteró de que don Milán había estado por su pueblo, que andaba de caserío en caserío, de hacienda en hacienda. Que en las noches la gente se reunía en la casa donde se hospedaba, y éste les contaba cuentos y cuentos, para chicos y grandes. También pedía periódicos, los leía y explicaba a los campesinos lo que no comprendían.
—¿Y acaso le pagan por eso?
—No le miento, patrón —dijo el arriero— todos lo invitan a comer, se lo pelean para darle posada, y las mujeres hasta le lavan la ropa.

Don Lucas insistió:
—Le invitarán a beber, pero le cobrarán la comida.
—Nadie le cobra, patrón. Todo tiene sólo por contar cuentos. Es que en el campo no tenemos fiestas, sólo trabajo. Como nada hay que ver, la gente se acuesta con las gallinas. Don Milán los entretiene. La última vez que lo vi, me dijo que se iba al Ecuador.
—Ya vendrá, ya vendrá —dijo don Lucas— ya regresará a su querencia.

Pero pasaron meses que se hicieron años, y Milán no regresó. Solo, por los poblados y caseríos, los muchachos lo venían llegar, lo distinguían desde muy lejos y comenzaban a gritar:
—¡Taita, taita, ya viene el cuentero! —Y los vecinos salían a recibirlo. Y todos se lo disputaban.
—Que hoy no se hospede donde Flores, dice don Cevallos que lo espera.

En la noche estaba llena de gente la casa de Cevallos. Después de la merienda, don Milán tosía, daba una larga pitada a su cigarro de guañá y comenzaba.

—En remotos tiempos... en un misterioso país... del lejano oriente...

Desfilaban sultanes con diamantes como nuez en el turbante, princesas que sólo mostraban los enormes ojos negros, crueles emires y sabios califas. Todo un mundo de fantasía era trasladado a la pobre casa de un peón de hacienda. Y resonaba el galope de los ágiles caballos árabes y el choque de las lanzas de los soldados, y espiaban adiposos eunucos alcahuetes.

Terminado el cuento extenso, triste en partes y alegre en otras, la gente se despedía contenta, y se alejaba comentando la fantástica historia, que don Milán convertía en realidad por la claridad de sus palabras y la fuerte expresión de sus gestos de gran actor.

Al día siguiente, se desayunaba temprano, recibía a ruegos algunos obsequios, montaba en "Garbosa" y partía a otro poblado. Era costumbre que los muchachos lo rodearan tristones y gritaran:

—¡Taita! ¡Taita! Ya se va don Milán, el cuentero.

Y todos los vecinos salían a despedirlo y a pedir que volviera pronto.

—Ya regresaré, voy a visitar mis dominios. Soy dueño del sur del Ecuador y del norte del Perú, para mí no existen fronteras ni banderas, —decía, y partía contento siempre.

Un día, un vecino le dijo:

—Sí, don Milán, ya sabemos lo de la monita de Sosoranga.

—Mienten, y sepan que no soy un alabancioso. ¡Adiós!

Y partió derecho en su silla, luciendo el suave y elegante paso de "Garbosa".

Estando en Chipillico le dieron la noticia:

—Don Milán, lo buscaba para decirle que su papá, don Lucas, está grave. Puede ser que lo alcance. Los que van a morir esperan a las personas que estiman, y a usted lo quiere mucho su padre.

—Gracias, muchas gracias, por avisarme —dijo don Milán.

Callado aperó la bestia, acomodó la alforja con fiambre, y partió sin demora. Eran las cuatro de la tarde, merendaría en el camino y dormiría en la mula, andando. El animal ya sabía dónde iba. El dueño se lo había dicho en la oreja:

—"Garbosa", vamos a la casa, malas noticias tenemos.

Cuando despertó, un jumento daba las cinco y cuarto de la mañana. Ya clareaba y divisó sobre una loma verde, la casa blanca de la familia, toda rodeada de flores. La mula braceó más rápido y más airosa, ella también había distinguido su potrero, y entre muchos caballos y yeguas amigas, al burro negro, ya viejo, que decían era su padre.

La gente que estaba probablemente sin dormir, reunida en el corredor, vio llegar al viajero por el camino bordeado de cocoteros y comenzaron a gritar:
—¡Ya llega don Milán! ¡Ya llega el patrón Milán!
Corrieron hacia él para tomar las riendas de la mula y ser los primeros en abrazarlo. Desmontó en el patio, saludó a todos, a muchos por sus nombres, y avanzó hacia la casa. Don Manongo lo esperaba a la entrada de la casa. Lo abrazó sin poder contener las lágrimas.
—¿Cómo sigue mi padre?
—Mal, mal, vamos, quiere verte.

Doña Domitila, su cuñada, y sus sobrinos Maximiliano, Alberto y Jacinto, también lo abrazaron llorando. Entraron al cuarto de don Lucas. Don Milán se acercó al lecho de su padre, del que sólo quedaban sus grandes ojos de mirada enérgica e inteligente, sus barbas blancas y sus retorcidos bigotes. Su voz resonó en el cuarto:
—Acércate Milán. Te esperaba. No quería partir sin decir adiós a mi hijo mayor. Ahora puedes estar tranquilo, tanto me ha enseñado la vida, que nada puedo reprocharte. Ahora creo que haces bien en vivir como te dé la gana. No he sido un malvado, pero a las gentes que tú hacías dichosas con tus cuentos, yo las exprimía con mis cuentas. Ahora ya puedes casarte y trabajar tranquilo, que no es bueno buscar abrigo en nido ajeno, como el chilalo, ni hacerse de enemigos, que en el campo sólo el plomo habla para vengar ofensas. Al morir, no puedo evitar hacerte hacendado y rico. No desprecies la fortuna que también el bien se puede hacer con ella. Cásate y que los campos nuestros se llenen de Borreros, que mala gente no somos.
—Papá, puedes estar tranquilo, que los tres chivatos de Manongo aumentarán la cría.

Don Lucas aún pudo reír. Siempre Milán le había proporcionado alegrías y ésta quizás era la última aquí en el campo, donde ni el color de las flores, ni el canto de las aves, hacen nacer una sonrisa,

y se va endureciendo el alma. Milán recordó que un día, el viejo le había dicho a su hijo Manongo y a sus nietos:
—¿Se dan cuenta? Siempre tenemos que andar con el revólver en el cincho. Cuando uno vuelve la cabeza de improviso, encontramos odio en la mirada de los indios.
—Sí —dijo el menor de los muchachos— es que tenemos mucho, y ellos no tienen nada. No lo dicen, pero callados esperan. Esperan y ocultan su odio. Sólo nos damos cuenta cuando se vuelve la cabeza de improviso. Algún día puede ser tarde.
—Sólo Milán —dijo Manongo— duerme donde quiere y vive muy tranquilo. Sin afanes ni preocupaciones.
—No —dijo don Lucas— debe dormirse en la propia cama, nunca en la ajena. La muerte también se equivoca y mata al intruso, creyendo que es el dueño.

Callados llegaron a la casa. Todos sabían lo de los amores de Esterfilia de Torres con Milán. Torres tenía mala fama.

Hoy que estaba don Milán con toda la familia, todo era tristeza ante la proximidad de la muerte.

Fue en la madrugada que pasó el guacabó. Se escuchó el ruido como de una gran tijera que cortara vientos y tinieblas. Y el siniestro pájaro, cortó el hilo de la vida de don Lucas. Lanzó su grito alejándose en las sombras:
—¡Se acabó! ¡Se acabó!

Don Lucas se durmió para siempre y don Milán que se había olvidado de rezar, cruzado de brazos, dijo entre sollozos:
—¡Recíbelo, Señor, con toda tu divina bondad! ¡Recibe a mi padre, Señor, con tu bondad infinita!

Fue después del entierro que la familia se reunió en la sala de la casa hacienda, y habló don Manongo:
—Milán, te lo ordenó nuestro padre. Debes hacerte cargo de una hacienda, es tuya, la que quieras. Así dejarás de vagar por los caseríos, como un maromero pobre.

Intentó continuar, pero Milán se atuzó los grandes bigotes y lo paró en seco:
—¿Manongo, quién es el hermano mayor?
—Tú, Milán.

Doña Domitila y sus hijos escuchaban inquietos. Querían mucho a Milán, pero era un nuevo personaje para ellos. Nuevo en la casa

y de otra laya, tendrían que aprender a tratarlo, conocer sus cualidades y sus defectos. Todos se preguntaban: ¿Cómo será todos los días? Don Milán adivinó sus pensamientos y abordó tranquilo el asunto, aparentando que no daba importancia a este consejo familiar.

—Bueno, no te molestes, pero tú sabes que el mayor manda, cuando falta el padre.

—Sí, así debe ser.

—Bueno, pues yo no me quedo, esta es tu casa. No quiero hacienda, todo será para tus muchachos, mis sobrinos. Yo soy dueño de todos los campos y de todos los caminos. Como donde quiero y duermo donde me alcanza la noche. La felicidad de ustedes seguirá siendo la mía. No quiero tener obligaciones, ni responsabilidades. Cuando me falte algo vendré y ustedes me atenderán. Cuando me sienta morir, vendré y ustedes me enterrarán junto a mis padres. Y nada más, mi querido Manongo, mi querida cuñada Domitila, mis queridos sobrinos. Mañana me voy.

El cuentero, como acostumbraba, no amaneció en la hacienda. Evitaba las despedidas familiares, que muchas veces son para siempre. No lo sintieron partir, la mula se alejó en punta de patas, y muy lejos comenzó su elegante braceo. Ya estaba vieja y tenía grandes deseos de descansar en un potrero verde. El animal sabía que eso sólo lo conseguiría, cuando su buen dueño contara su último cuento.

Continuó caminando toda la mañana, y sólo cuando el sol cayó a plomo y el animal sudoroso comenzó a tropezar con las piedras del camino, don Milán que había atravesado pueblos y caseríos, indiferente, como soñando lejos, sin escuchar las llamadas de los vecinos, se decidió por fin a detenerse en Las Lomas. Como tenía dinero, algo que le habían exigido aceptar sus cariñosos sobrinos, buscó una fonda y entró para almorzar y pedir pasto y agua para su mula. Se acercó el fondero a saludarlo:

—Si no es indiscreción, don Milán, ¿dónde es el viaje?

—A Sosoranga, don Estanislao. Hace tiempo que no voy y quiero visitar a los amigos.

—Don Milán, por aquí no es un secreto, dicen que usted va por Esterfilia, y le alabo el gusto, pero tenga cuidado con Torres, ese bandido es el marido. No se juegue usted la vida por una mujer, por muy linda que sea. Torres dijo aquí, hace poco, que siempre moría quien se le cruzaba en el camino. Y que a usted, él le contaría un cuento.

—Gracias por la noticia, don Estanislao, bueno es estar prevenido.
—Quédese a pasar la noche. Tendrá una buena cama.
—Hoy no, cuando regrese.
—¿Nos contará un cuento?
—Se lo prometo.

A las tres, cuando sopló un viento fuerte, aperó su mula, montó y se despidió, perdiéndose en un recodo del camino. Fue largo el viaje que él siempre lo hacía en varias escalas, ya que era conocido en todo el trayecto. Cuando estuvo cerca del pueblo, moderó la marcha, se detuvo en un sitio cercano a Sosoranga, y aquí entró cuando cayó la noche. Golpeó tres veces una puerta, que se abrió y una voz de mujer se escuchó en la oscuridad:

—Entra Milán, te esperaba. Puedes estar tranquilo, Juan se fue a Cariamanga.

Fue un solo abrazo hasta que el sueño los venció. Ya era de madrugada, cuando se escuchó la voz suave y cariñosa de Esterfilia que le decía:

—Milán, ya los pajarillos hacen chis-chas. ¿Ti vas o ti ripitirás?

Aunque tomaba precauciones, ya todo el pueblo conocía estos amores. Un vecino madrugador, le dijo maliciosamente:

—Buenos días de Dios, don Milán. ¿De dónde viene tan temprano?
—De estrechar más y más aún los lazos que nos unen a este país hermano —contestó sonriendo.

Y la mula emprendió su marcha acompasada rumbo al sur, tomando el primer camino que encontró. Pasaría la frontera, y en cualquier pueblo, en cualquier hacienda se detendría a descansar. Así llegó a Tilambo, donde la línea divisoria pasaba por el centro de la hacienda y así era apropiada para el contrabando y la compra de ganado.

La mula caminaba al paso, para no interrumpir los pensamientos del amo, quien se sentía ya aburrido, cansado de vagar y de hacer en la mente de las gentes sencillas, tantas ilusiones y esperanzas. Se sentía cansado de vivir lejos de la realidad de la que lo habían alejado sus cuentos. Quizá si la vida real, colmada de verdades duras como piedras y de obligaciones posadas como montañas, daba la satisfacción de sentirse más hombre, más fuerte y más luchador. Triunfar o caer. Sintió la necesidad de un amor y de un techo, de hijos y de paz. Pensó que para la vejez que se avecinaba sólo necesitaba tranquilidad.

Se avergonzó de sus amores ridículos, escondidos, como los de un jovenzuelo. Podría llevar a Esterfilia a casa de su familia. No le faltaría nada y no tendría qué temer. En eso pensó en Torres, el bandido, que le podría estar acechando tras un árbol, tras una loma. Y así fue, oyó una voz gruesa, enérgica, que gritó:

—Don Milán, santígüese. Nadie me ha quitado una mujer. Hoy será su último día. Hoy termina su último cuento.

—Si está de Dios, que así sea, que se haga su voluntad. Arrepentido estoy de lo malo que hice en la vida, y que felizmente fue poco.

Se atuzó el bigote, se cruzó el poncho, se quitó el sombrero y muy despacio le dijo a la mula:

—Correrás para avisar a mi compadre "El Tigrillo".

Dos disparos sonaron y el eco los repitió varias veces en el campo callado. Don Milán cayó de la mula y con los brazos abiertos, quedó inmóvil mirando al cielo.

Torres se hizo la señal de la cruz y se acercó con el sombrero en la mano. Lo miró reverente y rezó la oración que los bandoleros rezan a sus víctimas para no ser perseguidos:

—Jesús de los cielos, Jesús bondadoso, déjame tranquilo y dame un reposo. Una alma he quitado al gran Satanás, y en tu reino esa alma, será una alma más. Recíbela Señor, y un sitio en tu reino dale por favor, para que goce de tu gloria y no me guarde rencor. Le quité la vida, que es sufrir y tentación, por eso Jesús mío, dame tu perdón. Amén.

Delicadamente, casi con cariño, lo colocó boca abajo, para que no continuara mirándolo y así indicara la dirección de su fuga. Torres se alejó al galope hacia el Ecuador. Ya en la noche sabría qué tierra pisaba, cuando vinieran de las casas dispersas en los valles, el cantar de sirenas de las mujeres, entonando al compás de las guitarras sus pasillos fascinantes.

"Garbosa" corrió espantada, recorrió en pocos minutos las dos leguas que distaban a casa de "El Tigrillo". Un muchacho la vio llegar sudorosa y asustada:

—Patrón, ha llegado "Garbosa" pero sin don Milán.

—Algo le ha pasado al cuentero. Llama a Domitilo y a Claudio, que vengan inmediatamente con sus bestias y que ensillen mi caballo. "Garbosa" irá de guía.

Llegaron los peones y a una voz del patrón, partieron al galope siguiendo a la mula. Comenzaba el crepúsculo cuando divisaron a don Milán boca abajo. Ahí estaba, pero vivo, se quejaba por el dolor que le producían las heridas de los dos disparos hechos por Torres.
—Don Pablo —dijo el cuentero— lo esperaba, ya sabía que ni usted, ni mi mula me podían fallar. El bandido me dio por muerto y fugó. Creo que las heridas no me impedirán montar. De la casa de usted avisaré a mi hermano con un propio.
—Todos estamos a sus órdenes don Milán. Ahora, tranquilo hasta la primera cura, mandaré por un médico a Macará.

Llegó del otro lado el Dr. Quevedo y se acercó corriendo al herido.
—¡Vaya! ¡Vaya! Don Milán, parece que en mi tierra no aceptan que usted estreche más y más aún los lazos, de esa manera.
—Doctor —dijo el cuentero— cúreme las heridas, que le prometo reconocer las fronteras y para estrechar lazos no volveré a cruzarlas.

Al día siguiente llegó don Manongo y sus tres hijos y se llevaron a don Milán a "La Aurora". Ya ocupando su cuarto volvió a la realidad, sintiéndose seguro bajo el techo propio. Con el delirio de la fiebre se vio rodeado de nueve sobrinos-nietos que bailaban alrededor de su cama luciendo las ñatas narices de los Borrero.

Abandonó la cama y quiso huir; salió corriendo al patio, y lo calmaron asegurándole que todavía no habían pequeños ñatos.

Comenzaron las lluvias en abril, con un aguacero en la tarde. En la noche llovió torrencialmente. Al amanecer, desde lo alto de la loma donde estaba la casa-hacienda, todo el valle era un espejo.

Tantos años lejos de su casa, pasando la estación de las lluvias por distintos pueblos, en distintas casas. Hoy herido tenía que mirar este diluvio, ocupando una cómoda poltrona, viendo a la gente del valle correr buscando refugio para ellos y sus animales. Los pastos se pondrían verdes y las gentes amarillas. Engordaría el ganado, enflaquecería la gente. Se alejaría la carne porque subiría el precio. Tendrían doble cosecha de algodón, pero la muerte cosecharía con su guadaña la vida del ochenta por ciento de las gentes, con paludismo, tuberculosis y disentería. Don Manongo dijo muy triste, mirando los campos.
—Perderemos el ochenta por ciento del capital humano.
—Pero obtendrás el ochocientos por ciento de utilidades— respondió don Milán.

Cesaron las lluvias y los altos pastos cubrieron los valles. Como siempre, se cicatrizaron las heridas del recuerdo y se olvidó a los seres queridos que se fueron a descansar para siempre. Sólo quedó el hambre y mucho trabajo en los lodazales. Don Milán no pudo ablandar a don Manongo, ni don Manongo pudo endurecer a don Milán. Doña Domitila y sus hijos se dieron cuenta de esa lucha y esperaron.

Una noche, doña Domitila palmeó cariñosamente el hombro de su cuñado y le dijo:

—Cuñado, ¿por qué no nos cuenta algo esta noche? Empleados y peones pueden venir con sus familias. Se sentirán felices.

No se negó, y esa noche se iluminó la sala como para fiesta, y el cuentero ocupó la mejor poltrona. Se sintió invitado de honor. Todos fueron oídos y él, con gran señorío, comenzó con voz suave y bien timbrada:

—En remotos tiempos... en un misterioso país... del lejano oriente...

Y en la casa donde se sintió extraño, desfilaron sultanes, príncipes y emires y califas, huríes y odaliscas, galopantes caballos árabes y pacientes camellos, oasis floridos en desierto de arena. Todos olvidaron la triste realidad y viajaron sobre blancas ciudades sentados en mágicas alfombras.

Fue larga la velada. Cuando se retiraron niños y adultos a dormir, don Milán dijo con tristeza:

—Pasaron las lluvias y ya me siento bien. Ahora deseo contemplar todos los valles, admirar los altos pastos y también ver a cuántos amigos míos han arrastrado las aguas de este diluvio. Con "Garbosa" que se ha enterado de mis secretos, iremos todavía por esos caminos. Me voy, para que como aquí, aleje por un largo rato de la realidad a los amigos que me esperan.

—Quédate Milán, ya no vagues por los campos como un pordiosero.

—Hago falta, mucha falta, soy el único cuentero que dice cuentos sin ser candidato a diputado. Sin pedir nada a nadie.

Y don Milán no amaneció en "La Aurora", el aire fresco lo acarició por el camino. Y ese día, en la noche después de la merienda, muy lejos de su casa y de su querencia, rodeado de niños y adultos, comenzó con gran señorío, pero con voz quebrada por la emoción de lejanía y por un sollozo que intentaba escaparse:

—En remotos tiempos... en un misterioso país... del lejano oriente...

"MI AMIGO EL DESPENADOR"

REVERBERABA el sol sobre la arena, formando oleajes de aire caliente que subían y bajaban las lomas sobre las que se levantaban las chozas del caserío. Nadie asomaba a las puertas y el silencio se rompía cuando un horrible alarido se escapaba de la choza de Juan Yovera y golpeaba los oídos de todos los vecinos.

Lalupú, el cuñado del paciente, dijo:
—Hace ya más de un mes que Yovera soporta sus dolores, y nosotros sus gritos, que de día no nos dejan trabajar y de noche no nos dejan dormir. Vos, Hermelinda, ¿no puedes hablar con tu hermana?
—**Adivinastes**— dijo la china —Hoy iré a ver, cuando baje el sol. Me acompañará mi mama, que experiencia tiene **paque** la aconseje.

Asunción, la mujer de Yovera, había salido a la puerta de su casa y envió un recado a su comadre Chavela, donde llegó transmitido por el viento, antes que llegara la mensajera:
—¡Chinita, anda **onde** mi comadre, y dile que me **emprieste** su **anticristi,** que tu **taita** está **boquiando.**

La pequeña india atravesó el arenal, corriendo sin temor de que la arena caliente le quemara los pies descalzos. Fue y regresó con el Cristo fuertemente abrazado contra su pecho.

¿Ya estará agonizando? Se preguntaron los vecinos. Pero los alaridos continuaron para intranquilidad de todos.

Cuando bajó el sol, llegó la madre y las dos hijas que eran hermanas de la mujer de Yovera. Sostuvieron una larga conversación. Acordaron reunirse esa noche, los mayores y los parientes, para acordar qué se haría con el enfermo.

Se barrió la sala, se tendieron los ponchos en el suelo, se llevaron dos cántaros de chicha. Fueron llegando los invitados, y se sentaron formando un círculo. Todos haciendo una inclinación de cabeza bebieron pasando el poto de chicha por orden de llegada. Cuando terminó la ronda, carraspeó el más viejo, y dijo:

—Ya me contaron todo, antes de que llegara. Soy el tio mayor de Juan. Dicen que hace más de un mes, que los quejidos llegan a todos los rincones del caserío. Que no pueden descansar los mayores, ni dormir los churres. ¿Es eso cierto? —Así es tío Ciriaco. Ya me da vergüenza. Gasté todos los medios que tenía amañados, en remedios que para nada han servido. Pagué al médico ya que no tenía remedio, me dijo. Que muy avanzado estaba el grano, y que el Juan se moriría. No podemos trabajar, ni yo ni mis hijos y ya viene la paña. No podremos atenderlo y el doctor dijo que podían agarrar el mal los muchachos. Ya ve usted tío Ciriaco.

—Lo veo. Lo veo. No podrás dormir, ni comer, ni trabajar. Pensemos que Dios quiere castigar a Juan, con una agonía larga y dolorosa, pero no tiene por qué martirizar, ni hacer sufrir a toda la familia, ni a todos los vecinos, que culpa no tienen de los pecados de Juan.

—Así es don Ciriaco— dijeron todos, ante las palabras sabias y convincentes del tío, que continuó hablando:

—La Asunción ha cumplido trayendo al cura, que confesó al cholo y le puso los óleos. No podemos dejar que sea una pisaóleos, para desgracia de la casa, de su familia y de su parcialidad.

—Don Ciriaco tiene razón— dijeron todos.

—Juan no era muy trabajador, que digamos, tengo que decirlo yo que soy su tío, hermano de su madre. Perdió un empleo en Talara, y regresó a su chacra donde tenía una ramada para descansar de no hacer nada. Nunca he querido mal a mi sobrino, y por eso mesmo quiero que ya no sufra, que descanse él, terminando, y su familia

comenzando de nuevo.

No era la primera junta a la que asistía don Ciriaco. Tenía una familia tan numerosa, que viajaba de caserío en caserío, visitando a hermanos y hermanas. Algunas veces lo acompañaba con su tutiru, la imagen de un santo desconocido. Así recogía limosnas que nadie preguntaba a donde iban, y él terminaba ya en copas, bailando a pedido de la concurrencia, la libidinosa danza del pavo. Pero nadie le perdía el respeto, y como decían que había matado a varios bandidos en sus años mozos, lo miraban con cariño.

El silencio de todos invitó a don Ciriaco a continuar, y el viejo no tuvo inconveniente en dar su última palabra.

—No es primer enfermo que aparecio con grano malo. El mal ataca a las reses, y los blancos las matan, y las queman, y las entierran **jondo.** Juan, o ha comido carne mala, así sea hervida, o en la cara lo picó el zancudo que primero picó a la res. La señal la tiene en el cachete. Se irá hinchando, hinchando, y después se hinchará tanto que ya no cabrá en el cajón. Y es peligroso para todos por el contagio. Para sus hijitos que están aquí con él. Hay que enterrarlo sin demora. Con el pensamiento pide al despenador que venga.

—Pero habrá que esperar que se muera— dijo una china, recién llegada de la ciudad.

—No te preocupes. Los antiguos sabían más que los blancos que sólo quieren oro. Nosotros seguimos haciendo lo **mesmo** que nuestros antiguos y los viejos guardamos muchos secretos y cumplimos sus costumbres. Por eso les digo, que debe terminar el dolor de Juan, y nosotros de sufrir con él, cuando culpa no tenemos. La Asunción se las arreglará y nosotros vendremos mañana para el velorio y el entierro. Que llame al despenador con el pensamiento, que la oirá donde esté.

Todos bajaron la cabeza, y hombres y mujeres, dijeron a una voz:

—Que se haga la voluntad del señor—. Después rezaron un Padre Nuestro.

Se levantaron y fueron saliendo, saludando: —Buenas noches de Dios. Buenas noches de Dios.

Todos se perdieron en las sombras de la noche y en el caserío todos pensaron: última noche que gritas como un berraco. Mañana podremos dormir tranquilos. Regresaremos para el entierro, habrá

anisado, aceitunas, galletas perlas. Bastante has fregado.

La Asunción otra vez barrió la sala y dejó la puerta abierta. Sobre una silla puso siete pesos y otros valores del difunto. La familia se quedó rezando el rosario en un cuarto vecino.

Nadie lo esperaba cuando entró el despenador. Eran las cinco de la mañana. Llevaba un gran sombrero junco clavado hasta las cejas, un pañuelo punzó le cubría la cara y un gran poncho de lana, largo, le arrastraba hasta el suelo. Entró y se detuvo en el centro de la sala, buscó la puerta del cuarto del enfermo y sin hacer el menor ruido, penetró buscando la cama, lo ayudaba a disipar las sombras, la débil luz de una vela. El enfermo sintió la proximidad del despenador, lo vio y pegó un grito, pero el hombre saltó sobre él, le puso las rodillas en el pecho y con ambas manos grandes y negras, le cogió la garganta y comenzó a apretar y apretar, hasta que el enfermo quedó inmóvil, con los ojos abiertos, que el despenador cerró al bajarse de la cama, pensando:

—¿Quién me iba a decir que tendría que torcerle el pescuezo a mi sobrino, al que vi desde que nació? Todo lo hago **pa** servir a Dios y a los parientes.

El despenador salió, cogió todo lo que había sobre la silla, lo hizo desaparecer bajo el poncho, y despacio, muy despacio, se alejó sin volver la cara y se perdió entre las medias lunas de los arenales.

Así, como nadie se dio cuenta de su llegada, tampoco sintieron cuando salió tan sigilosamente de la casa. Sólo Asunción tenía curiosidad de conocerlo. A varios de sus parientes, ese despenador les había apretado el pescuezo. Nada de sus facciones distinguió, ya que el hombre se perdía entre sombrero, pañuelo punzó y poncho, pero sí, algo insignificante había en él, que serviría para identificarlo, ya que antes lo había visto. Era una amarra colorada, un trapito que le envolvía el dedo chico del pie derecho y que terminaba en un pequeño lazo.

Desde temprano fue llegando toda la gente que conoció al difunto, que había presidido varias cofradías religiosas. A las cuatro comenzó el largo desfile con ocho estandartes de plata, y un estandarte de oro del Señor del Santo Sepulcro. Seguía el ataúd en hombros de los parientes y amigos, detrás, quince lloronas contando la historia y las virtudes del difunto. En seguida toda la familia, hombres, mujeres y niños. Después la banda de músicos de Vice, en la cual el difunto

tocó los platillos cuando joven. Seguía el acompañamiento de a pie, y después más de cien jinetes a caballo, por último más de doscientos amigos del extinto montados en piajenos, que habían llegado de distintos pueblos del valle, taloneaban afanosos sus cansados burros para no quedarse atrás. Como la viuda no quedó contenta con la marcha fúnebre de los "Libres de Vice", pidió al **mestro de capía** de la Iglesia de Catacaos que lo despidiera con un salve. Don Alipio sabía que no era permitido y cumplió el compromiso entonando el vals, "Adiós, adiós, mis ojos ya no vuelven, etc."

Así terminó este trágico episodio campesino, pero se puede asegurar, que el despenador, el despenado y los deudos quedaron satisfechos por la solemnidad de los funerales.

Pasaron los años y llegó como vecino a mi barrio un zambo gordo y ya muy viejo, de oficio zapatero. Desde que lo vi me impresionó al notar que tenía el dedo del pie derecho vendado con un trapito rojo que terminaba en lazo. Fui tomando confianza con el buen viejo y un día sin preámbulos le pregunté:

—Don Ciriaco, ¿usted ha sido despenador?

—¿Cómo lo sabes, muchacho del diablo?

—Es que hace unos años viví en La Legua, y oí hablar del lacito rojo que el despenador tenía en el dedo chico del pie derecho. Da la casualidad...

—Bien dicen que los muchachos son el pie de Judas, y que el mundo es chico y que no hay lugar donde esconderse. Te diré la verdad, pero tú guarda el secreto. Sí, fui despenador, con la buena intención de que los enfermos sin cura no sufrieran tanto para morir, y que la familia no hiciera sacrificios inútiles. Suficiente dolor es pensar que al morir, uno deja abandonados a sus hijos y a su mujer. Nunca pensé llegar a despenador, pero un mal día, un serrano me encargó un par de zapatos de cuero de chancho, que chillaran al caminar. Me adelantó la hechura y el valor del material, pero me chupé la plata. El serrano me perseguía a sol y a sombra reclamando su dinero. Era potroso y según el médico se le estranguló la potra. Gritaba de dolor y para que no sufriera, como acostumbraban los antiguos, había que entregárselo al despenador. Era el momento de librarme

del cobrador y me ofrecí, presentándome con un sombrero junco muy grande, un pañuelo punzó tapándome la cara y el poncho largo que barría el suelo. Cuando ya le había puesto las rodillas en el pecho y le apretaba el pescuezo, me reconoció y me dijo colérico: "Devuélveme la plata que te di para mis zapatos de cuero de chancho. ¡Zambo ladrón!". No le hice caso y lo seguí apretando, pero dio un salto y me hizo caer al suelo, me agarró el pie derecho y me mordió el dedo chiquito. Hace varios años que me mordió el difunto y no se cura la herida. Dicen que es mordedura de muerto.

—Vea don Ciriaco, yo una vez me clavé una espina ahogada en el río y lavándome con agua bien caliente y yodo, me curé. ¿Y despenó el serrano?

—¡Claro hijito! Subí otra vez, le puse las rodillas en el pecho y le apreté fuerte el pescuezo. Me dieron siete pesos y dos sortijas de oro. Despenando se hace el bien, llega la muerte tranquila, sin dolores. Ya no trabajo en eso porque los médicos son los despenadores.

Largas conversaciones tenía con don Ciriaco, heredero de la ética de los antiguos tallanes.

—Los antiguos— me decía —adivinaban lo que serían los que acababan de nacer. Cuando les veían cara de abogados o diputados, los despenaban antes que el alma entrara al cuerpo y pegaran el primer grito.

Algo de verdad había en las palabras del despenador, pues cuando se escuchan algunos discursos, se siente deseos de torcerle el pescuezo al orador que debió morir chiquito.

¡QUE CONSTE EN EL ACTA!

O MALDITA sea! Pero esta gente se mete en lo que no le importa. ¿Por qué amargan la vida de los demás? Don José Andrés gritaba y daba puñetazos en la mesa. El, que siempre era tan callado, tan mesurado, tan viejo criollo, zorro y astuto, que los comentarios se los hacía para adentro.

El Secretario de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, le dijo:

—¡Cálmese don José Andrés! Pero, así dicen en el pueblo. Que usted con su plata, está construyendo la Capilla de la Virgen Nuestra Señora. Por eso, Evaristo Cherres, el vocal de turno, quiere que se aclare esta situación, para que doña Manuelita, la esposa de usted, no hable tan mal de la Cofradía por calles y plazas.

—Bueno... bueno, ¿y qué quieren?

—Evaristo, ya usted lo conoce, es atrevido. Quiere una asamblea general...

—Está bien, está bien... pues... cite para asamblea general.

Y se citó para el sábado en la noche. Así podría discutirse todo lo que quisieran, sin temor de acostarse tarde, y el domingo levantarse a la hora que les diera la gana.

Llegó el sábado. La gran sala del local rebosaba de gente. Muchas de pie por falta de bancas. Unos estaban indignados, otros serenos, otros eran sólo curiosos, pero todos esperaban el resultado. Querían saber cómo saldría don José Andrés del atolladero. No era para menos, la capilla se estaba haciendo con la plata de todos los socios. Era una lisura que doña Manuelita se pusiera a decir que con la plata de su marido. Entonces, ¿en qué se invertía el dinero de los socios?

La sesión la presidía don José Andrés, más serio que nunca, con su ojo izquierdo gacho cubriendo la nube que lo azulaba. Vestía camisa crema, abierta, pantalones de montar, botas hasta las rodillas y espuelas de estrella o roncadoras. Cuando la gente menos lo esperaba, pegó un grito ronco:

—¡En nombre de Nuestra Señora La Virgen del Carmen, declaro abierta la sesión de asamblea general, pedida por el vocal de turno, ese insolente de Evaristo Cherres, conocido por el apodo de "Mono con Sueño".

—¡Protesto, señor Presidente! No tiene por qué mentarme el mal nombre. Yo no le digo "Panza de Agua", como le dicen en el pueblo. Respetos guardan respetos. Yo le digo señor Presidente. Señor Presidente, quiero denunciar...

—¡Silencio! Todavía no le he dado el uso de la palabra, ni usted la ha pedido a esta asamblea...

Los ánimos estaban caldeados, de las palabras podían pasar a los golpes, y muchos habían pasado primero por los chicheros.

—Señor Presidente, pido la palabra.

—Haga usted uso de ella, con toda corrección, como si fuera gente.

—Los insultos se reciben como de quien vienen. Ahora quiero decir, que como todo el pueblo sabe, la esposa de usted, la señora Manuelita, anda diciendo por todas partes, que la Capilla de Nuestra Señora del Carmen se está haciendo con la plata de usted, y que gracias a usted, Nuestra Señora tendrá Capilla, y que este pueblo no le agradece, cuando por lo menos deben darles sus votos para Diputado. Que ella paga las facturas por ladrillos, calamina, cemento, puertas. Eso es lo que denuncio por ser falso. La Capilla se está haciendo con la plata de todos los socios, y quiero que informe el Tesorero. ¿Quién paga las facturas? ¿Qué se hace nuestra plata?

Don José Andrés se rascó la cabeza, miró las caras hostiles de todos los asociados. Ya no podía hacerse el fuerte. Tenía que decir la verdad, sin temor a las consecuencias, y hasta humildemente. "En las que me he metido", —se dijo, después se dirigió a la asamblea.

—Calma, calma, aquí todos somos hermanos, y ahí está Nuestra Señora del Carmen que nos ve y nos protege con toda su misericordia. No hay que pelear, todos somos pecadores. Las cosas se explican, para eso son las palabras.

—Entonces que hable. ¡Qué hable!

—A eso voy. Como todos ustedes saben, yo tengo un entretenimiento,

ya con cuatro hijitos, y es justo que algo haga por ellos, por esas pobres criaturas. Si los abandono, ustedes serían los primeros en decir que soy un canalla, un mal padre. Bueno, ¿qué mejor que darles una casita? Esta es la que está haciendo mi compadre Vilela, socio presente, que no me dejará mentir. ¿No es verdad compadre?
Se levantó Vilela.
—Es verdad todo lo que dice mi compadre el señor Presidente. Estoy haciendo una casa para doña Eduviges, que tiene cuatro niños del señor Presidente, hombre que sabe cumplir sus obligaciones, por lo que pido a la Virgen lo proteja.

La gente ya había cambiado de actitud. Ya se veían caras compasivas, algunas mujeres tenían ya lágrimas en los ojos. Todos estaban arrepentidos de haber dado tan terrible disgusto a un buen padre de dos familias.
—Pero que explique!— gritó Evaristo Cherres —¡que explique qué tiene que ver una cosa con otra!
—A eso voy. ¿Cómo pagaba las facturas por materiales? ¿Ladrillos, calamina, madera y lo demás? Se me ocurrió decirle a mi mujer legítima, que es la que maneja la tienda: Manuelita, si vienen facturas por materiales de construcción, págalas, que son para la Capilla de Nuestra Señora del Carmen.
—¿Tanta plata vas a dar?— dijo mi mujer —por qué no las paga la Cofradía?
—Paga nomás, hijita, que gracias a la Virgen, este año nos redondeamos con la cosecha. Paga nomás, que la Virgen pedirá por nosotros. La vieja se la tragó y pagó las facturas. Eso ha sido todo. ¿Dónde está lo malo? Yo no he robado a la Cofradía. Todo ha sido una ligereza perdonable de mi mujer, que es inocentona la pobre.

Todos callaron. Don José Andrés tenía dos mujeres. Era lo menos que se podía tener con tanta plata. Podía tener más, pero no lo hacía porque era un hombre muy medido, en todo. Tener tres o cuatro mujeres es inmoralidad, pero dos, y sin que les falte nada, no es pecado. Sólo Cherres no estaba satisfecho. El había sido enamorado de la Eduviges. Saltó de su asiento y otra vez gritó:
—¡Todo está bien! ¡Todo está bien! Pero pido, señor Presidente, que sus palabras consten en el acta!
—Bueno, bueno, —contestó calmadamente don José Andrés— que consten mis palabras en el acta, que consten, total, como la Manuelita no va a leer el acta... que consten.

Y se levantó la más borrascosa sesión de la Cofradía.

LAS DOS TUMBAS DEL NEGRO ÑORO

DON Pascual Núñez, el guía de la "Banda de las Dos Rosas" y esposo de la tenienta doña Rosa Ruidías, se tomaba unas vacaciones, un merecido descanso en casa de una de sus hijas que vivía en Castilla. Como ofreció contar, después de la comida, uno de los episodios de su vida, los mayores salieron a la vereda y se sentaron en bancas, pasándose un gran poto de claro. Los muchachos nos sentamos en el suelo, no queríamos perdernos la historia. Todos rodeábamos a don Pascual que cuando terminó de torcer su cigarro de guaña, comenzó a lanzar humo y a soltar lentamente las palabras como para así despertar más la atención de su auditorio:

—Nadititita me gustó el comportarse del negro Ñoro. Nunca lo tragué y menos agorá que nuera de los nuestros. De mi desconfiansa nada le dije a mi mujer ni a la capitana, mi comadre doña Rosa Palma. No me hubieran dau la rasón. Se las ganaba el negro salamero y adulón y teniya la confiansa de ellas. Desde que yegamos dio comienso a sus adulonerías.

—Doña Rosita, tengo un mataburro, dese con gato que le gusta austé tanto.

—¿Quién liadicho? —dijo mi comadre. —Nue benido pa emborracharme. Denos güen desayuno, como pa no comer hasta mañana. Esues todo.

A eso habíyamos llegau. Pa desayunarnos. Nada más. Habíyamos dormido en la bega El Muerto, donde se encondiyan hasta los cabayos, y en cambio, nadies que pasara cerca, por el camino, se nos podiya escapar. Antes quel sol llegamos al tambo del negro Ñoro.

Yasían como dos años que ayí bibía el bandido, solititito su alma, desde que liciera una mala pasada al negro Arce. Fue ayá, por Amotape, se lo comió diuna puñalada en la tetiya delau isquierdo, cuando el jefe soñaba con los angelitos. ¡Por Dios queso no siase! ¡Matar a un cristiano dormido, contimás siendo su jefe! Es traición que no la perdona niel diablo. Un diya Ñoro me contó el caso. Yo escupí y le dije:

—Traición es y cobardía, Ñoro. ¿Por qué no dejates que se despertara?

—Se be quiusté no lo conociya. Si dejo que se dispierte no se luestariya contando, don Pascual. Tenga en cuenta quel me traicionó primero. Me quitó mi mujer. Si mihubiera robau un gallo, no mihubiera dolido tanto, pero una mujer que me manteniya y todo me daba. Nues justo.

Ñoro ya no saliya al camino. Ayí se habiya quedau. Los hacendaus le regalaron palos y carrisos, pájaro bobo y cueros pa tientos, pa que trensara la quincha. Habiya lebantau su rancho y puesto un tambo. Cocinaba con güena sasón y teniya gusto, como todo negro. Era atento y salamero, como les dije endenantes. Desdiayí sabiya quién pasaba, quién arriaba reses o cabras y se fijaba en el jierro; lo pintaba en un papel pa no olvidarse. En fin, quentre nosotros quiandábamos en esos trajines, ya teniya enemigos y tamién a medio Chulucanas. Todo por eso de decir quién yebó reses, y cuántas y de qué marca. Sabiya bibir el negro Ñoro. Yastaba gordo. La camisa no le tapaba el ombligo y los calsones no le pasaban de las berijas. El cocinaba y el mesmo serbiya. Una bes le cayó un gringo, que dicen quera ingeniero. Cuando el extranjero se llenó el mondongo, dicen que le preguntó:

—Oigue don Ñoro, ¿tener guatercloses?

—No mister, pero le puedo preparar un güen churrasquito con sus papitas fritas.

El gringo se rió mucho y ya fue casería cuando pasaba pa su hacienda.

Ñoro nos sirbió café con leche, yuca sancochada, queso mejor quel pan, tosineja asada como pa chuparse los dedos y por último, preparó un locro con sesina y a caduno le dio su plato hondo, que de losa los teniya. Ya bien comidos fumamos, que ni papel ni tabaco nunca nos faltaban, y fijándonos en el techo y echando humo por boca y narices quedamos como macanches adormecidos. Sólo Justo y Pelagio, hijo y sobrino de la capitana, rasgaban las guitarras y cantaban bajito. Güenos muchachos son. Pegaus a la Palma como cabritos. Tienen un punto que no les digo nada y una suerte con las mujeres que ni el diablo puede con ellos. Lindo cantan y por sus bocas o caye una mujer o encienden una jarana.

El negro Ñoro, noté yo que buscaba conbersación y no la encontraba. Todo le pagué sin hablar.

—Don Pascual, liapuesto que sé onde ban.

—Yo nuapuesto, porque no sé onde boy, —dije cortando un carriso con la cuchía.

—Era un decir, pero me se ocurre, que ban pa los Siete Montes, al santo de doña Candelaria.

—Si nos da la gana, bamos, si no nos da la gana, no bamos. ¡Cómo usmeya y espiya el que te dije!

—Ñoro —dijo la Rosa Palma, como quien no quiere la cosa, biendo un jañape que andaba por el orcón del techo. —No se meta en bida ajena, puede concluyir la suya. Bien dicen que no hay que confiar en sambos de boca chica, porque pa hablar se les ancha. Les gusta aberiguar la bida del prójimo.

Mi mujer con un baso de mataburro, tomaba a sorbitos, pues le gusta así, poquito a poquito, hasta acabar la botea, y dice que no toma mucho. Los muchachos seguían punteando las bigüelas, cantando bajito la concheperla.

—Güeno, don Pascual, siestá de mal genio, arrecuéstece un trago que mal no liace.

—Güeno, sírbalo, pero ya que tanto linteresa sepa que sí bamos pa los Siete Montes, pero no le diga a nadies, quiusté tiene la boca de Judas.

—Como gomero he sido, sé callar cuando me conbiene y conbiene a mis amigos. Con el malo no me compare don Pascual, que de la misma laya semos y semos buenos amigos.

No se habló un rato. Noté quial negro Ñoro se liban los ojos a las alforjas. Asies uno cuando se aficiona a luajeno.

—¡Bámonos! —gritó mi comadre Rosa —tenemos que llegar clariando.

Todos juimos pa justar cinchas, limpiar las carabinas y cargar las alforjas. Sólo Dios sabe que si nos agarraban, no nos agarraban descuidaus. El negro Ñoro, golbió a meter su hocico.

—Llegan amaneciendo si ban por Quebrada Seca. Poray con nadies tropiezan.

—¡Carajo! ¿Quién le dio bela en este entierro? —dijo ya molesta mi comadre Rosa —que Dios me libre de un mal pensamiento, pero parece que usté Ñoro, no sabe que quien me delata se mata.

—Ña Rosita —dijo el Negro, asustau. —¿Cómo puede pensar eso de su amigo? Sepa, que por usté, a este pobre negro le cortan la sin hueso y nuabla. Se lo juro por ese sol que está ardiendo.

—Güeño Ñoro, dispense. Ya nos bamos. Gracias por el desayuno y el hospedaje. Ya le pagamos, quentre nosotros semos honraus y debemos protegernos. Pues sino la yebamos perdida. Cuando un bandido se güelbe bueno, malo, por algués.

Todos nos reyimos pajuera. Cargamos las alforjas, montamos y nos despedimos. Noté que mi mujer lo tarifaba por lo bajo.

—¡Adiás Ñoro, la semana entrante estamos de regresada!

Picamos espuelas y atrabesamos el camino subiendo y bajando lomas. Sioyó un rebuzno bien lejos. Mi comadre dijo:

—Laseis y cuarto. Güenora. Usté compadre Pascual adelante que ya sabe pa donde.

Tranquilos seguimos, pensando lo bien que nos íbamos a dibertir. Doña Candelaria de seguro nos esperaba pa las bísperas. Yo ya habiya gosao desas jiestas qeran las del pueblo y cumple de los años de doña Candelaria, la rica del caseriyo.

Antes del medio diya, comensamos a bajar la quebrada y cuanto más abansábamos más jonda era. Y nos tapaban las piedras grandasas

y los bichayos. Se podía caminar tranquilo, nadies sabiya por onde íbamos. Pero si habiya emboscada, no daba medio por el descuidau.

Ibamos uno detrás diotro. Yo adelante, despues mi comadre Rosa, la seguiya mi mujer y los muchachos, Justo y Pelagio. Las orejas paradas y los ojos parriba al filo de la quebrada. Como íbamos al paso de las cabalgaduras y cayados la boca no espantábamos ni una mosca. Por eso nos yamó la tención bandadas de pericos que pasaron bolando siguiéndoles soñas y chilalos. El sol quemaba con juersa y los pájaros en lugar de buscar sombra pasaban gritando espantaus sobre nuestras cabesas. Tamien las lagartijas salían de las piedras y corriyan buscando cueba. De pronto llegó a nosotros un relincho. Era el mejor abiso.

—¡Muchachos, prepárense! —dijo la capitana —algo nos puede pasar y mejor que les pase a eyos que nos pisan los talones. Si nos chapa don Pijiro no contamos el cuento. Agora, apuntar bien, al bulto y a don Pijiro a la barriga. Sólo Ñoro sabiya que bajariyamos por la quebrada. Si salimos bien se la cobramos a ese perro biringo.

Seguimos galopando, pero Justo y Pelagio se parapetaron detrás de unas piedras pa que la Palma, mi mujer y yo bajáramos rápido y sin cuidau. Los gendarmes nos seguiyan igual que los pericos.

—Tengan cuidau muchachos— les dije antes de dejarlos. —Disparen a seguro y ban bajando sin dar la espalda. Cuando puedan corran, nues mariconada. No debemos dar gusto a los loros. —Los cabayos sabiyan esconderse como los muchachos, y piedras y bichayos se prestaban pamatar al descuido. —Ya saben, esta noche, donde doña Candelaria, en los Siete Montes nos encuentran. ¡Qué Dios y la Virgen los protejan!

Relinchos y gritos se oyían cerca. Ordenes militares sin precaución: —¡Carguen! ¡Apunten! ¡Fuegooo! ¡Mátenlos a todos! ¡Qué no quede ni un solo hijoeperra!

Los muchachos bieron al comisario con cuatro gendarmes. El comisario en una yegua blanca y gorda que nuera paesos menesteres. Los gendarmes en mulas pajareras, asustadisas, que no los dejaban disparar y si desmontaban sespantariyan las bestias dejándolos de a pie. Cesaron los gritos cuando el Comisario y sus soldaus abanzaron, mientras los muchachos, detrás de una piedras grandotas estaban listos pa disparar aprobechando que no los beyían. Mi comadre también les habiya recomendau: —Dejen que presenten el cuerpo

y ustedes disparan. Si está don Torrico, no le tiren sino a las patas, quel pobre tiene nueve coloraus y el último de teta.

Después diun cuarto diora largo, sonó el primer disparo que lo hiso Justo, y cayó la yegua pansona del comisario. Los gendarmes tiraron a tontas y a locas, como quien dice, ya que a nadies beyían papuntarle. En eso sioyó el bosarrón de Pijiro:

—¡Maldita seya! ¡Me jodieron la yegua! ¡Si empuño a esindia la ajusilo!

—¡Señor don Pijiro, no sesponga! —gritó Torrico.

Un disparo hizo bolar piedras a sus pies y el colorau brincó dos metros del suelo. De lo alto de la quebrada se oyó la bos de mi comadre:

—¡Báyase yendo don Pijiro! ¡Usté tiene familia que mantener y sabe que diaqá arriba no fayo! ¡Yo no juego don Pijiro!

—¡India insolente, me boy, pero ya me las pagarás juntas!

Los gendarmes sólo habían perdido la yegua del comisario. Delau de nosotros, Justo se dio cuenta que la sangre caliente le corriya por el hombro isquierdo y la oreja le colgaba diuna hilacha, Pelagio se lo hiso notar.

—¡Justo, te falt'unoreja!

—¡Carajo! ¡Me fregaron! ¡Me quedé mocho!

Justo, sintió la falta no por el dolor sino por la desfiguración en su físico de joben cholo conquistador y por el disgusto de su madre.

Así terminó un combate sin muertos. La Palma, la Ruidíaz y yo, bimos al comisario en la mula diuno de los loros que montó al anca de la bestia diotro compañero, retirándose al trote subiendo la quebrada y ya en el baye se perdieron de bista. Pelagio buscó telas de araña para aplicarle en la herida.

—Pobre m'ijito! —dijo la Palma, —quedará mochito. Pero ya me pagarán dos orejas por esa tuya. De todas maneras el Señor no me abandona. Pior hubiera sido que perdieras la bida. En ese caso no hubieran quedado comisarios ni gendarmes.

La Palma se arrancó tiras de la camisa y bendó la herida después de ponerle la tela diaraña y hojas de yantén. Al Justo loacarició como a un niño.

—¿Por qué ofreciste el cuerpo?

—No mama, jue una piedra de rebote. Tranquilísese mama.

—Estoy tranquila, pero no me pasa el susto. Se nos adelantaron. Sinos agarran en los Siete Montes, en la casa de doña Candelaria, nos matan dormidos, descuidaus o borrachos. Ahora podemos ir sin cuidau, ya no regresarán en un mes. Pero esta me la paga el Negro Ñoro.

Todos a caballo bajaron la quebrada, siguió contando don Pascual al auditorio de viejos y muchachos que lo seguíamos atentos. En el desierto nada había pasado. Sólo quedaba una yegua muerta y los gallinazos y buitres que comenzaban a dar vueltas en el cielo antes de ir bajando al festín. El sol caía a plomo cuando allá lejos, en la llanura la banda vio levantarse los siete viejos, altos, negros y frondosos algarrobos y bajo sus copas, como buscando protección del sol y de la lluvia, muchas chocitas de tejas rojas. Ese era el caserío de los Siete Montes donde la banda llegó la víspera de la Candelaria. En la noche hubo castillo, globos y baile en casa de la dueña del santo.

Al galope, haciendo caracolear los caballos, disparando al aire y vivando a ña Candelaria, entraron al caserío. Todos los vecinos salieron a recibirlos de sus casas adornadas con cadenetas y banderitas peruanas. La Banda de las Dos Rosas llegaba a los Siete Montes para divertirse. Allí nada tenían que robar, ni nadie era enemigo. Muy al contrario había gran simpatía hacia los bandoleros que para nosotros, para los pobres eran héroes.

Doña Candelaria salió vistiendo una bata de colores, vinchas y aromas en la cabeza, peinada en dos grandes trenzas y en las orejas largas dormilonas de oro.

—Comadre Rosa —dijo a la Palma —esperándola estaba. Sin usté la jiesta hubiera sido triste. Adelante, quen mi pobre casa sólo hay cariño.

Desmontamos acercándonos a saludar a doña Candelaria quiabrasó fuertemente a la Palma.

—Temerosa de quialgo le hubiese pasau estaba. En la mañana oímos tiros por el lao de Quebrada Seca. Me parece mentira abrazarla

güena. ¿Pero su hijito, quia tenido?

—En la batalla desta mañana, comadre, m'ijito perdió su orejita. Ahora deme un poco de aguardientecaña pescupirle la herida.

—Tenguno de Pambarumbe, doña Rosa, buenisísimo para curar heridas del cuerpo y del alma. Pasen, pasen a sentarse. Amarren sus bestias pacerles poner algarroba y agua.

Entramos; los muchachos con sus guitarras y yo cargau con una enorme alforja de regalos y otra de la Ruidíaz.

—Doña Candelaria —dijo la Palma —aquí le tremos estas pobresas, por su diya. Nuemos podido trer nada mejor por la tacañería de los blancos que ya nada güeno compran.

—Doña Candelaria —dijo la Ruidíaz —estas no son pobresas, son cosas güenas, perusté merece más mejores. No le traigo un camarico porque no encontramos ninguno en el camino.

—Gracias, gracias. Son ustedes tan güenos que me ban hacer llorar.

A la Candelaria se le salían las lágrimas, biéndose colmada de regalos por dos mujeres con fama de bravas y malvadas. Luego comensó la jarana que teniya fama de quen todo el año no habiya otra igual por los alrededores. Era jiesta con castío de cuatro cuerpos, misa, procesión, banquetes y bailes sin fin animaus por largas hileras de botijas de chicha. Las provisiones eran pauna semana. La llegada de la banda de la Palma fue uno de los mejores números de la jiesta.

—Comadre Rosa, han mataosiete coches en los Siete Montes.

—¿Estaremos siete días? —preguntó riendo la Ruidíaz.

—No, Rosita— dijo la Palma —tienes que meterle siete balasos al Negro Ñoro ques gato con siete vidas.

La llebó a un lau y le dijo:

—Vea comadre, diviértase todo lo que pueda, beba y baile, que le daré un encargo que sólo usté, con su alegría conseguirá hacerlo.

—Nada mia dicho capitana. Pero creyo que primero es la obligación y después la deboción. De manera que me despediré de mi Pascual y regreso pa que me diga qués lo que tengo quiaser.

Así la Ruidíaz vino a mi lau, tal vez porque se sentiya más protegida y feliz. No bebió ni bailó, tampoco me dijo que saldría en comisión.

Sólo cuando el burro dio las tres y cuarto, la Palma la llamó y le habló en secreto.

—Oiga comadre, bueno seriya que biera usté al Negro Ñoro y yorando le diga que don Pijiro ha barrido con nosotros y sólo usté se salvó por milagro de la Virgen, y no sabe dónde meterse. Arregle el asunto. A usté que tan bien sabe inventar historias pa qué decirle más?

—Ya entiendo. Por Ñoro casi nos matan y por Ñoro su Justo perdió una oreja. Regresaré comadre, y entretenga a la gente pa que no noten mi ausencia.

—Vaya no más, que Dios la proteja y la Virgen la acompañe.

—Adió comadre, mañana por la noche, a más tardar, habrá en el cielo un angelito negro.

Y la Ruidíaz se despidió con su carcajada de costumbre. Pelagio le habiya ensillao el cabayo, colgao la carabina y puesto fiambre y chicha pal camino. Salió la bandolera, montó y se perdió en la noche. Bemos en las tinieblas, y tanto la Ruidíaz como el cabayo conocían el camino que tenían que seguir. Cada árbol, cada loma y cada choza, le serbían de guía en la oscuridá. Alejándose dejó de escuchar la música, pero las luces de bengala, surgidores y palomitas del castío le alumbraron el camino, hasta que se perdió en el arenal poronde corrían ligeros los huerequeques.

Al día siguiente en los Siete Montes hubo misa por el cura de Tambogrande, procesión, danza de diablicos y bailes en todas las picanterías onde no cabiya la gente llegada de los pueblos vecinos. La Palma estaba tranquila y conversaba con todos y pa los churres teniya un cariño y un regalo. Los muchachos de la banda no se cansaban de tocar y las muchachas de suspirar por ellos.

Pasó el día alegremente, sólo yo estaba intranquilo por mi mujer. Pensaba que mejor estaría ella en la casa esperándome intranquila, y no yo esperando el regreso de ella.

—Comadre —pregunté a la Palma —¿Onde mandó a la Rosita?

—Fue a cobrar una cuenta —me contestó. —No tema que regresará bien.

Me oculté en un rincón oscuro pa rezar la oración del bandolero que tantas beces me habiya sacao con bien de peligrosas andansas.

Desde que estabámos arrejuntaos era la primera bez que nos separábamos. Toda la noche de la víspera y el día de la jiesta que, si Rosita regresaba el martes, comenzaría pa nosotros con la corcoba, no tube más remedio que esperar. Los muchachos me miraban con pena:

—Ta encamotau el viejo —dijo Justo.

—Mucho tiempo ha vivido solo, agora ya se acostumbró a la compañía. Le falta la tía que lo alegra y nos alegra a todos —precisó Pelagio.

La Palma se me acerco: —Estoy biendo queonde camotes se hornaron, cenisas quedaron —me dijo.

—¿Pa qué negarlo? El carbón que ha sido brasa, con facilidá senciende. Y ella pa mí lo es todo. Agora que la tengo lejos, temo quele baya a pasar algo.

—Nada, nada le pasará a mi comadre. Pronto la tendrá a su lau. No se apene.

Mi mujer regresó el martes en la tarde. Habiya galopao, pero entró al pueblo paso a paso de su cabayo, tranquila y seria, con la carabina por delante. Se dirigió a la casa de doña Candelaria y desmontó, después sacó de la alforja un paquetito y con paso calmau pa no despertar la curiosidá de la gente, entró saludando y se acercó a la Palma.

—Capitana, vengo del tambo del negro Ñoro —se santiguó— que en paz descanse y en gloria esté. Llegué allá en la noche hecha un mar de lágrimas y pidiéndole un poco de agua. El negro riéndose con toda la bocasa, me preguntó: "¿Qué le pasa ña Díaz? Dicen quiusté nunca llora y agora beyo lo contrario.

—"Don Ñoro —le dije —mataron a mi Pascual, a mi comadre y a los muchachos. Agora no sé qué será de mí, ¿qué hago don Ñoro? Si miagarra el Pijiro, me mata.

"Si está usté enteritita, ña Díaz —me contestó el negro. —Puede trabajar aquí. Se hace cargo de la cocina, lava la ropita, no falta qué hacer. Eso sí, no tengo más que una cama, pero ancha es, y a oscuras, ni me se ve.

"Yo habiya dejau la carabina en la bestia, pero en el cincho teniya, el revólver y la cuchía.

"—No diga eso don Ñoro, quentuabía estará caliente el cuerpo de mi dijunto y usté jue güen amigo del.

"—Sí, sí, pero el muerto al hoyo y el bibo al bollo, dicen. Más caliente se pondrá cuando sentere que usté es mi mujer, ña Díaz. ¿Y cómo los fregaron los loros? ¿Y los muertos onde quedaron, ña Díaz? Dígame.

"—Se los lleba pa Chulucanas el Pijiro.

"—Con razón nu han pasau puaquí. Créame que lo siento. Pero la Palma ya estaba bieja y tamien don Pascual. ¡Qué Dios los tenga en su Gloria!

"—Sírbame una copa don Ñoro. ¡Qué jiero hachaso es la muerte de los quiuno quiere!

"—Sí, ña Díaz, pero aquí se olbidará de todo y nadies la molestará. Ya me ve a mí, tranquilo, tranquilito.

"Temía que pasaran viajeros, pero sólo pasaban, demorando, las horas, largas como cuanduno tiene hambre. Llegó la noche, el negro jue a cerrar la puerta y me quedé delante del mostrador. Cuando me dio la espalda pa poner la tranca, saqué el rebólver y le disparé, como se mata a los traidores, por la espalda. El se dio güelta, me bio con tamaños ojos, rió con todos los dientes pelaus, abanzó dos pasos hacia mí... y cayó de hocico. —¡Jesús! ¡Jesús! jueron sus últimas palabras —como güen cristiano.

"—Que el, que es grande y poderoso te reciba en su Santa Gloria —recé y con su propia mano le hice la señal de la cruz y el negro estiró la pata. Después, me acordé de la orejita del Justo y le corté al negro las dos orejas".

El combate de Quebrada Seca, la jiesta de la Candelaria en los Siete Montes y la muerte del negro Ñoro, dieron tema pa hablar por mucho tiempo en el departamento. Quien más se benefició con estas cosas del bandolerismo, jue el comisario Pijiro. Supo aprobechar y hasta de lo desfaborable sacó bentaja. Cuando llegó al tambo del negro Ñoro y lo encontró muerto por dos balasos en la espalda, boca abajo, decúbito bientral, según dijo Torrico, recomendó a todos los de su tropa que callaran.

"—Ya saben, les dijo —la matamos en reñida batalla. El negro se defendió como una jiera. Lo llevamos a Piura pa informar y poner el cadáver a disposición de las autoridades.

"—¿Y las orejas?-preguntó Torrico. —Parece que lo mataron por venganza.

"—¡Claro que sí! Pero le amarramos un pañuelo pa que no se le caiga la quijada y así le tapamos el sitio onde estuvieron las orejas, ¿pa qué diablos las habrán queridos?

"Muy bien señor comisario, le amarraremos el pañuelo pa sostenerle la canícula inferior del rostro bajo".

Al día siguiente pasaron puel puente Piura, el Comisario montado en un güen cabayo, después el muerto atrabesau en una mula y en seguida, arrogantes, con las caras sucias de polvo, y los rifles en la arzón de la montura, los gendarmes comandaus por Torrico que ya lucía galones de cabo, con el kepí ladeado a la izquierda y un pañuelo rojo bajo el cuello de la polaca. Fue toda una entrada triunfal. El gendarme Perico tarareaba:

—Trará, trará, trará trará, tatatatati; ta, ta, ta, trará, trará...

—¿Quién es el muerto?-preguntaban.

—El famoso negro Ñoro. Debía veintisiete.

—¿Quién lo mató?

Torrico se tocaba el pecho con el índice de la mano derecha, pa dar entender quel era el autor de tan heroica hasaña. Así la derrota se convirtió en triunfo y los periódicos aplaudieron la labor del Comisario, infatigable para combatir el bandolerismo, y la valentía de sus subalternos, modestos servidores que merecían ayuda efectiva del comercio y los agricultores.

En cambio yo aún no salía del susto producido por esperar a mi mujer, ignorando la comisión que la Palma le habiya encomendau. Cuando regresó y me enteré del episodio por su misma boca, me quejé a la Palma:

—¡Caray comadre, han podido matar a la Rosa! ¡Qué tal encargo le dio usté!

—Ya pasó, don Pascual. Ella está feliz. Yo no lo mandé a usté porque matar a un traidor no es trabajo de hombre. Es labor de mujer, pa matarlo por la espalda. Usté de palangana lo hubiera desafiau

a peliar como hombre y ayí sí que peligraba la vida de usté, porque el negro era un tigrillo. En fin, ya terminó todo, y los que piensen traicionarnos ya saben que acabarán como el negro Ñoro.

—No ha estao mal el trabajo, además, por darle gusto a usté la Rosita se deja matar. Doy gracias a Dios que salió bien. No me hubiera gustau ser biudo antes de casau.

Continuamos la vida a salto de mata. De pueblo en pueblo de caseriyo en caseriyo, de bega en bega. Cruzar ríos y caminos por sitios apartaus, desconocidos, poronde nadie pasa. Atrabesar los arenales por onde el viento no deja huella. Ir de bisita a las majadas a onde nadie llega.

Según don Pascual la banda cumplía con estas obligaciones sociales. Así cambiaba de sitio y veía a sus conocidos que los informaban del movimiento comercial. La época de lluvias no era propicia para el trabajo, se suspendían las labores del campo y las labores de los asaltantes, pues no había tráfico por los caminos durante los meses de calor y de aguaceros. En abril todos los pueblos se prepararon a celebrar la Semana Santa, con el recogimiento y devoción de esta gente sinceramente religiosa a su manera. La banda se trasladó serca de "Suyo", huéspedes de un mayoral de la hacienda "Curingurá", que vivía cerca a un puquio donde no llegaban sino las reses. En esa casa eran festejados y atendidos como parientes. Atenciones que retornaban a la familia con regalos para los dueños de casa y los niños, engreídos de la Palma.

—Yo no le encuentro gracia a la historia. ¿Paeso hemos pasau mala noche? —dijo un malcriau.

—Usté es bien bruto —le contesté. —Ñoro tiene dos tumbas, una en Piura, onde está el cuero, al que siempre belan, y otra en los Siete Montes, onde están sepultadas las orejas, que también son beladas porque las creen milagrosas. Pero en esta sepultura, escribió don Fernán, por encargo de mi mujer:

"PARA UNO QUE MADRUGA
HAY OTRO QUE NO SE ACUESTA"
D.E.P.

Teodoro Garcés Negrón
Lima-1977

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS
DE **EDITORIAL NAVARRETE S. A.**

Manuel Tellería Nº 1842 — Telf. 31-9040
R.I.: 15-07293-C - Ch. Ríos — Lima Perú



ESTILO JEQUETEPEQUE (700 — 400 a.C.)

Botella de cerámica procedente del valle de Jequetepeque en la costa norte del Perú.

La decoración, lograda en base a incisiones y pintura, representa un felino, motivo típico de los pobladores de la época Chavín.

Mide 32.5 cms. de alto y se encuentra en el Museo de Arte Primitivo de la ciudad de Nueva York.